

Varujan Vosganian: El libro de los susurros

Capítulos siete y ocho

Traducción: Joaquín Garrigós

Editorial Pre-Textos, Valencia, 2010

Siete

—No toquéis a sus mujeres —ordenó Armen Garo—. Ni a los niños.

Se habían reunido todos los miembros de la Misión especial, uno por uno, en la sede del periódico *Djagadamard* de Constantinopla. Habían sido seleccionados cuidadosamente. Del grupo se eligieron solo a los que ya habían participado, sea por su cuenta o en emboscadas, en tales acciones. «Solo me fío de alguien que haya matado ya», sentenció Armen Garo. Recibieron las fotografías de los que habían de buscar en sus escondrijos. Escondites que podían estar en cualquier parte, desde Berlín o Roma hasta las estepas del Asia Central. Talaat Bajá, el ministro del Interior, de anchas espaldas y cuello grueso, tenía un cuerpo membrudo cuya cabeza, de mentón cuadrado y quijadas listas para despedazar, era más bien una prolongación de su poderoso pecho. Y, en la parte inferior de la fotografía, los puños, el doble de grandes que los de un hombre normal, dejaban traslucir su agresividad. Junto a él, frágil y de rasgos delicados, su esposa, con un vestido blanco y sombrero de encaje, según la moda europea, que chocaba con el fez del bajá. Después, Enver, menudo, al que los tacones de las botas hacían más alto. Mirada desafiante y dedos delgados que cogían las guías del bigote, orgulloso de sus entorchados de comandante en jefe del ejército que le caían en abundancia por los hombros y le tapaban el estrecho pecho y trataban de enmascarar su modesto origen de hijo de una madre que, para criarlo, se había dedicado a un oficio de los más despreciables del Imperio, lavar muertos. En una de las fotografías, su brazo delgado, posesivo y tímido a la vez, enlazaba el talle delicado de su mujer, Nadjeh, princesa del harén imperial, es decir, hija del sultán. También en otra fotografía, Enver, el hijo de la lavandera de muertos y

yerno del sultán, hacía lo imposible por parecer arrogante, con sus rasgos petrificados, entre los retratos de sus ídolos, Napoleón y Federico el Grande. Djemal Bajá era una especie de Lépido en aquel aguerrido triunvirato. Con su aspecto de hombre corriente, si no hubiese llevado las charreteras de ministro de Marina, habría podido pasar totalmente inadvertido, aunque pugnaba por ir al compás de la brutalidad de Talaat y la arrogancia de Enver. Después, el doctor Nazım y Behaeddin Şakir, los ideólogos del partido Unión y Progreso, los que tuvieron la idea de sacar de las cárceles a los criminales que, enrolados en unidades armadas, vigilarían los convoyes de armenios y los exterminarían en las encrucijadas. No sabemos lo guapas que serían sus mujeres, estaban llenitas y tenían el pelo negro, pero sus rasgos no se distinguen bien, ya que las únicas fotografías que se han conservado de los tiempos de su juventud las muestran con el rostro tapado por el velo, llorando a la cabecera de sus maridos colocados en el féretro, después de que el grupo justiciero cumpliera su misión. Y los demás, Djemal Azmi, el prefecto de Trebisonda, Bahbud Khan Djivanşir... Armen Garo levantó las fotografías de Talaat y Enver junto a sus mujeres. Los miró a todos de uno en uno: Solomon Tehlirian, Aram Yerkanian, Arşavir Şiraghian, Hraci Papazian y Misak Torlakian.

—No matéis a las mujeres —repitió—. Ni a sus hijos.

Carece de importancia para nosotros la fecha en la que tuvo lugar aquella reunión. *El libro de los susurros* no es un libro de Historia, sino de estados de conciencia. Por eso se vuelve translúcido y sus páginas son transparentes. Es cierto que en *El libro de los susurros* hay muchos datos concretos referentes al día, la hora y el lugar. La pluma va demasiado rápida pero, algunas veces, decide demorarse para esperarnos al lector y a mí y entonces pormenoriza quizá más de lo necesario. Cada palabra de más aclara, pero, precisamente por ello, disminuye el sentido.

Así pues, aunque le borrásemos la relación de años y la cuenta de los días, *El libro de los susurros* seguiría conservando todos sus sentidos. Cosas de este tipo les han ocurrido siempre a gentes de todas partes. En realidad, *El libro de los susurros*, en su substancia, vale para cualquier tiempo, como una coral de Bach, como una puerta estrecha por la que entran los hombres, unas veces agachándose y otras apretujándose unos a otros.

—Antes que nada, han matado a nuestro poeta —dijo Şavarş Misakian.

La sede del periódico se libró de milagro del desastre. Por otra parte, para todos los armenios de la capital, tras la carnicería desencadenada el 24 de abril de 1915, cuando centenares de intelectuales fueron detenidos y en su mayor parte asesinados, la revocación de la orden de deportación se consideró un milagro. Iban a compartir el destino de las otras comunidades armenias: fueron expulsados de sus casas y despojados de cuanto tenían, pero tuvieron una suerte más negra ya que, a diferencia de los armenios de Van, Sivas o Adana, tendrían que atravesar en convoyes toda la meseta de Anatolia hasta los desiertos de Siria donde, si no los hubieran exterminado las tropas de criminales armados o las bandas nómadas, habrían muerto de hambre y frío en campamentos de tiendas improvisadas, en el desierto donde el calor tórrido del día y el frío helado de la noche se repartían a partes iguales las víctimas.

Prohibido en abril de 1915, el órgano central de prensa de la Federación Revolucionaria Armenia, llamado hasta entonces *Azadamard*, reapareció en 1918 con otro nombre que evocaba al primero, *Djagadamard*. Şavarş Misakian era a la sazón redactor jefe y había regresado para volver a desempeñar su función. Estaba en un rincón, no formaba parte de la Misión especial, pero tenía una autoridad que Armen Garo y Şahan Natali necesitaban. Una autoridad que le daba no su estatura, sino precisamente, con el hombro izquierdo caído y la cabeza torcida, la falta del menor engreimiento. Su defecto físico les imponía a los demás, porque recordaba el tesón con que había resistido las torturas en la cárcel militar donde lo habían encerrado en marzo de 1916 y donde, varios meses más tarde, se zafó de las manos de sus torturadores y desde el tercer piso se arrojó al patio interior. Sobrevivió a las graves heridas y fue liberado el 27 de noviembre de 1918 cuando las tropas aliadas ocuparon la capital, pero su cuerpo, con los huesos aplastados, había asumido las iniquidades del mundo y les recordaba a todos que se había librado del miedo a la muerte.

Sus enemigos sabían que, para poder exterminarlos como pueblo, había que matar sin pérdida de tiempo a su Poeta. Para una nación oprimida y amenazada, el Poeta se convierte en el caudillo. Daniel Varujan había sido detenido junto a los demás intelectuales el 24 de abril de 1915. Lo ataron a un árbol y lo mataron a pedradas para luego dejarlo a merced de las alimañas y

espíritus de la noche. Ciertas leyendas cuentan que está vivo y, durante el incendio de Esmirna, algunos dijeron que, por un instante, se había visto su rostro en los espejos que se quemaban. Lo único que podemos probar de estas leyendas referentes a la resurrección de Daniel Varujan es que, si bien se sabe cuál es el lugar donde sufrió sus tormentos atado al tronco de un árbol, es decir, en una cruz viva, no se conoce el sitio donde podría estar enterrado. Como tenemos la prueba de su muerte e incluso el nombre de su verdugo, Oguz Bay, el comandante de Ceanguiri, pero carecemos de noticias sobre su tumba, podemos dejarnos tentar por la idea de su resurrección.

Algunos de los detenidos el 24 de abril como, por ejemplo, los dos miembros del parlamento, el diputado por Constantinopla Krikor Zohrab y el de Erzerum Vartkes Seringulian, llegaron a los desiertos sirios, a Urfa y después a Alepo. De ellos nos habla Roessler, el cónsul alemán en Alepo, en una carta dirigida al embajador alemán Wangerheim: *Zohrab y Vartkes efendi se encuentran en Alepo y forman parte de un convoy con destino a Diyarbakir. Para ellos esto significa la muerte segura: Zohrab padece del corazón y la mujer de Vartkes acaba de dar a luz.* De los crímenes cometidos durante la infancia de mis abuelos he sabido muchas cosas, no tanto por testimonios de los supervivientes cuanto, y muy en especial, por las baladronadas de los asesinos. Qué diferencia entre la humildad de los que mueren y la soberbia de los que matan... Así, nos enteramos de que los despanzurraron a bayonetazos, que los sesos de Vartkes volaron por los aires a causa de los disparos y que a Zohrab le machacaron la cabeza con piedras. Los cuerpos fueron despedazados y abandonados. Si alguien se hubiese tomado la molestia de enterrar a los numerosos muertos de aquellos días, no habría podido reconocerlos por los restos de sus cuerpos destrozados.

Pero el mundo sigue adelante. El lugar donde Daniel Varujan fue asesinado se llama Tuna. Antes de que lo sacaran de entre los demás, el poeta dijo: «Cuidad de mi hijo que acaba de nacer. Que le pongan Varujan cuando lo bauticen».

—Lo vengaremos tanto a él como a los demás —sentenció Armen Garo mirando a los ojos a Şavarş Misakian—. Precisamente por eso no toquéis a sus mujeres e hijos. Nosotros no somos ladrones de muertos ni asesinos de mujeres.

Estaban sentados en el primer círculo.

—Armen tiene razón —afirmó Şavarş Misakian—. Tomad ejemplo del general Dro.

En aquel tiempo, Dro no era aún general. Solo tenía veintiún años en febrero de 1905 cuando en Bakú se desató una matanza que duró tres días. Varios miles de armenios fueron asesinados por las bandas tártaras. Y el príncipe Nakaşidze, gobernador del zar, pese a las advertencias y luego a los gritos de desesperación de la población armenia, no hizo nada para protegerla, es más, suministró armas a los atacantes. El Comité Central de la Federación Revolucionaria Armenia le comunicó entonces al gobernador general Nakaşidze que el partido lo había condenado a muerte. El joven Drastamat Kanayan, al que conocimos como general Dro, fue el encargado de ejecutar la sentencia.

El día fijado, Dro esperó el cortejo del gobernador en una calle estrecha donde la guardia de jinetes cosacos no podría rodear la calesa principesca. La bomba iba metida dentro de un saquito y cubierta con racimos de uva. Pero al ver que el príncipe iba acompañado de su esposa Dro vaciló y, finalmente, renunció y se limitó a verlos pasar. Aguardó a la caída de la noche. Al regreso, en la calesa se hallaba únicamente el príncipe. Cuando el convoy llegó frente a él, Dro arrojó el morral contra la calesa y emprendió la fuga. La explosión fue terrible. Junto a Nakaşidze murieron despedazados muchos jinetes de su guardia. Aprovechando el pánico, Dro consiguió escapar y varios camaradas, aquella noche, lo ayudaron a cruzar la frontera turca. Allí permaneció nueve años, hasta que estalló la guerra.

—Pero entonces Dro no podía imaginarse lo que iba a pasar —alegó Arşavir Şiraghian.

Nadie habría podido imaginárselo. Los líderes armenios ayudaron a los Jóvenes Turcos a llegar al poder por considerar que pondrían fin a las atrocidades del sanguinario sultán Abdul Hamid. Vartkes efendi, el futuro diputado de Erzerum, escondió en su casa, durante la contrarrevolución, a Halil Bey, el mismo que más tarde ordenará su asesinato. Y, amarga ironía del destino, si Dro juzgó que una mujer no tenía que pagar por los yerros de su marido, treinta años después, en Omsk, Stalin mandó matar a la mujer de Dro, junto a uno de sus hijos, y pagó por los actos de su marido.

—En Trebisonda —dijo Misak Torlakian—, a varios centenares de mujeres con sus hijos y ancianos que no podían andar las obligaron a subir a almadías y las llevaron mar adentro. Las mujeres se alegraron, en medio de toda aquella desgracia, cuando les dijeron que harían parte del viaje por mar, lo que les ahorra penalidades de más. Pero al día siguiente, las almadías volvieron vacías a la orilla. Habían tirado al agua a las mujeres, que se ahogaron. Lo mismo pasó en Unieh, Ordu, Trípoli, Kerasonda y Rize. De mi pueblo, Ghiuşana, ninguna mujer llegó con los convoyes a Meskene, Rakka, Ras-ul-Ain ni Deir-ez-Zor, lo que significa que todas murieron por el camino, de hambre, a tiros o pasadas a cuchillo.

—En el valiato de Kharput —dijo Solomon Tehlirian—, en junio, mataron a los notables y luego se llevaron a los hombres de las ciudades y pueblos. Los convoyes los componían solamente mujeres, niños y viejos. En Arabkir, embarcaron a las mujeres en almadías y luego las tiraron al agua. A los niños armenios del orfanato alemán los ahogaron en un lago cercano. Las mujeres de Mesne, en ruta hacia Urfa, fueron asesinadas en el camino y sus cadáveres arrojados al río. En la ruta entre Sivas y Kharput, los cuerpos de las mujeres mutiladas y asesinadas en la orilla oriental del Éufrates yacieron durante meses y meses al borde de los caminos y en barrancos. Eran demasiados para enterrarlos. Todavía a mediados de 1916 se veían los esqueletos. De las casi doscientas mil almas que integraban los convoyes, tan solo un tercio llegaron a Ras-ul-Ain y Deir-ez-Zor.

—Las primeras mujeres que llegaron a Meskene, Rakka y Deir-ez-Zor —dijo Aram Yerkanian— fueron los cadáveres que flotaban en el Éufrates. Durante todo el mes de julio del año 1915, el Éufrates estaba rebosante de cadáveres hinchados por el agua y un revoltijo de cabezas, brazos y piernas. Las aguas del río eran rojizas, se diría que entonces había nacido la muerte.

El círculo de los que deponían testimonio se amplió.

—La presencia de cadáveres en el Éufrates es continua —manifestó Roessler, el cónsul alemán en Alepo—. Los cuerpos están atados todos igual, de dos en dos y espalda contra espalda. Eso demuestra que no se trata de asesinatos aislados, sino de un plan general de exterminio concebido por las

autoridades. Los cadáveres corren río abajo, cada vez más numerosos. Sobre todo, mujeres y niños.

—Más de seiscientos armenios —dijo Holstein, el cónsul alemán en Mosul—, en especial mujeres y niños expulsados de Diyarbakir, fueron asesinados cuando los transportaban por el río Tigris. Las almadías llegaron vacías ayer a Mosul. Desde hace varios días, flotan en el río cadáveres y restos humanos. Otros convoyes están en ruta y probablemente esté esperándoles idéntica suerte.

—Por Alepo —dijo el ex cónsul de Francia— desde que empezó el mes de mayo, están pasando convoyes de millares de personas. Tras una estancia de dos o tres días en lugares especialmente acondicionados para ellos, estos infelices, en su mayor parte mujeres y niños, reciben órdenes de dirigirse a Idlib, Mâna, Rakka, Deir-ez-Zor y Ras-ul-Ain, a los desiertos de Mesopotamia, lugares destinados, como es convicción general, a servirles de tumba.

—Miles de viudas armenias del valiato de Van —dijo Jackson, cónsul norteamericano en Alepo— sin la compañía de ningún hombre adulto, se están acercando a Alepo en un estado miserable y medio desnudas. Estos, como los otros diez o veinte grupos que ya han pasado, son convoyes que integran entre quinientas y tres mil personas y llevan a remolque niños que se hallan en un estado de miseria indescriptible.

Y de nuevo Roessler:

—En cuanto a los armenios de Kharput, me han informado de que, en una aldea situada al sur de la ciudad, separaron a los hombres de las mujeres. A los hombres los exterminaron y los dejaron a ambas orillas del camino por donde se obligó a las mujeres a pasar.

—Podría pensarse —dijo Aram Andonian, el que había recogido los testimonios de los supervivientes— que los centenares de niños del orfanato de Deir-ez-Zor no existieron nunca.

Al final del recorrido, alcanzado su destino, las autoridades creyeron haber encontrado la solución: cómo matar sin dejar atrás los cuerpos de los

muertos. No porque eso los hubiese hecho sentirse culpables en alguna medida, sino porque los centenares de miles de cuerpos despedazados y con la piel negra pegada a los huesos que flotaban en el agua o yacían en el fondo de los barrancos, aparte de que ese espectáculo resultaba deprimente y preparaba para la muerte a los convoyes que iban detrás, obstaculizaban la circulación por los caminos y vías férreas, daban un tono amarillo al aire que se volvía más espeso por los miasmas de la muerte, provocaban las protestas de los árabes que no podían utilizar las aguas de los ríos para beber y eran portadores de epidemias. Para orillar todos esos inconvenientes, el asesinato de los niños de Deir-ez-Zor había de ser el crimen perfecto.

Los huérfanos, procedentes de Mekesne y de las otras localidades donde se habían instalado campos de refugiados, fueron conducidos a través del desierto hasta Deir-ez-Zor. Imagínense un convoy con centenares de niños desfigurados, cubiertos de harapos y trastabillando descalzos bajo la canícula y el frío del desierto. Con las espaldas llenas de llagas sanguinolentas donde bullían gusanos y agujoneados por jinetes que los golpeaban con el látigo o el bastón. Los muertos o agonizantes eran arrojados a carros que acompañaban al convoy. El lugar al que consiguieron llegar se llamaba Abuhahar. Tan solo trescientos niños podían tenerse todavía en pie; al resto, más numeroso, los llevaban en carros. En las laderas de las montañas que bordeaban el desierto, los soldados detuvieron el convoy y los carros fueron descargados a cielo abierto. Los soldados rodearon el lugar y esperaron la caída de la tarde. También al atardecer llegaron las aves del desierto. Atraídas por el olor de la sangre, luego unos por el vuelo de otros y más tarde por la algazara de los graznidos y el chasquido de la carne al arrancarla de los huesos, los buitres y los cuervos del desierto se abalanzaron sobre los cuerpos que, aun estado vivos, ya no tenían fuerzas para defenderse. Las aves apuntaban sobre todo a los ojos, las mejillas y los labios, tanto más tentadores porque los cuerpos se habían empequeñecido. Durante dos días, las aves se abalanzaron en bandadas sobre aquel campo descarnado de la vertiente de las montañas y se dejó a los niños presa de los picos y garras negros y acerados. La historia la contaron horrorizados los árabes nómadas. Y el que mandaba a los soldados,

el cabo Rahmeddin, fue ascendido y llegó, con inusitada rapidez, a jefe de la gendarmería de Rakka.

Los demás huérfanos, que yacían enfermos y hambrientos en el orfanato de Deir-ez-Zor, fueron cargados en carros un día helado de diciembre. A los moribundos los tiraron al Éufrates; el río, revuelto como estaba en aquella época del año, se tragó rápidamente los cuerpos enflaquecidos. Tras una caminata de doce horas por el desierto, sin ningún tipo de comida ni de agua, el jefe del convoy, del que sabemos que se llamaba Abdullah, pero al que le gustaba que lo llamasen Abdullah Bajá, encontró tres medios diferentes para exterminar a los niños. Pero, como notaba cierta vacilación en la mirada de los soldados, agarró a un niño de dos años y se lo mostró a los demás diciendo: «Incluso al crío este y a todos los que encontréis de esta edad hay que matarlos sin piedad. Llegará un día en que se levantará, buscará a los que mataron a sus padres y querrá vengarse. ¡Este es el hijo de perra que un día nos buscará para matarnos!». Y tras darle varias vueltas en el aire lo golpeó con furia contra las piedras y lo aplastó antes de que tuviera tiempo de exhalar un gemido.

Colocaron parte de los carros uno junto a otro y amontonaron en ellos a cuantos niños cupieron y, en medio, pusieron un carro lleno de explosivos que, tras hacerlo explotar, los desintegró pues los redujo sencillamente a hollín. A los que no estaban en condiciones de andar, los tendieron en tierra, esparcieron sobre ellos yerba seca empapada de gasolina y los quemaron. Y al resto, a los que no habían cabido en los carros, los empujaron hasta cuevas, taparon la entrada con maderas y yerba y les prendieron fuego. Los niños murieron asfixiados y sus cuerpos se quedaron amoratados y carbonizados al fondo de las grutas.

Pero ni el crimen más consumado resulta perfecto del todo. Una niña llamada Ana se refugió en un recoveco de una cueva donde, gracias a una grieta de la montaña, penetró una pequeña corriente de aire. De esta forma, sobrevivió y, cuando el fuego se extinguió tras un día y una noche, salió. Estuvo vagando varias semanas hasta llegar a Urfa; allí encontró a algunos refugiados armenios y les contó la matanza de los inocentes.

Y desde el tercer círculo se oye la voz de Djeman Bajá, el ministro de Marina, alarmado por el gran número de cadáveres que flotaban en el Éufrates. Y más indignado porque el itinerario de los convoyes podía perturbar la circulación ferroviaria. Entonces cayeron en la cuenta las autoridades turcas de que, por perfecto que hubiese sido el plan de exterminio de los armenios, adolecía, no obstante, de un defecto: que atrás quedaban los cuerpos de los asesinados. Deficiencia que Reşid Bajá, el prefecto de Diyarbakir, procuró remediar en la medida de lo posible:

—El Éufrates poco tiene que ver con nuestro valiato. Los cadáveres que flotan en el río provienen, seguramente, de los valiatos de Erzerum y Kharput. A los que mueren aquí se les arroja al fondo de las cuevas o, lo más habitual, se les rocía con gasolina y se les quema. No suele haber bastante sitio para enterrarlos.

Volvamos al primer círculo.

—Vosotros no habéis visto los lugares donde se reunían los convoyes —dijo Hraci Papazian— o, más exactamente, lo que había quedado de ellos. En Deir-*ez-Zor*. Miles de tiendas de campaña hechas de harapos. Mujeres y niños desnudos, tan debilitados por el hambre que el estómago ya no aceptaba comida. Los enterradores arrojaban a los carros a muertos y moribundos, todos revueltos, para no perder tiempo. Por la noche, a causa del frío, los que estaban todavía vivos se ponían a los muertos encima para calentarse. A las madres, lo mejor que les podía suceder era que surgiese algún beduino y se llevase a su hijo o hija para librarlo de aquella gigantesca fosa. La disentería volvía el aire irrespirable. Los perros hurgaban con el hocico en la barriga abierta de los muertos. Solo en octubre de 1915, por Ras-*ul-Ain* pasaron más de cuarenta mil mujeres, custodiadas por los soldados, sin llevar consigo ningún hombre con fuerzas. La cruzada de las mujeres martirizadas. A lo largo de las vías del tren, todo el camino estaba salpicado con los cadáveres descuartizados de las mujeres violadas.

—Del millón ochocientos cincuenta mil armenios que vivían en el Imperio Otomano —dijo el pastor evangélico Johannes Lepsius—, aproximadamente un millón cuatrocientos mil fueron deportados. De los restantes cuatrocientos

cincuenta mil, más o menos doscientos mil se libraron de la deportación, en especial los de Constantinopla, Esmirna y Alepo. El avance de las tropas rusas salvó la vida de los otros doscientos cincuenta mil que se refugiaron en la Armenia rusa, parte de los cuales murió allí de tifus o de hambre. Los demás conservaron la vida, pero perdieron para siempre su tierra natal. Del casi millón y medio de armenios deportados, solo el diez por ciento llegaron a Deir-ez-Zor, punto final de los convoyes. En agosto de 1916, fueron enviados a Mosul, pero morirían en el desierto, engullidos por la arena o apelotonados en grutas, muertos y moribundos juntos, a las que se prendía fuego.

Callaron. Los círculos se estrecharon en torno a Armen Garo. Él miró a Şahan Natali, a Şavarş Misakian y luego a todos los demás. Tomó las fotografías y se las entregó a los que estaban sentados en el primer círculo, a cada uno según su misión.

—Pero no matéis ni a las mujeres ni a los niños —repitió.

El lugar donde vivían les parecía circunstancial a los viejos armenios de mi infancia. A algunos incluso el tiempo en que vivían les parecía circunstancial, solo que al tiempo era más difícil engañarlo. Y precisamente por eso el tiempo, cuando brota de las páginas de los álbumes de fotografías, de las viejas ropas o de los sobacos, acabó por transformarlos a ellos, uno a uno, en un azar.

Así pues, como el lugar no era más que una convención de la cual, cuando las circunstancias no eran demasiado agresivas, podía uno hacer abstracción, mis ancianos sentían fascinación por los espacios amplios. Hablaban como si pudiesen estar, al mismo tiempo, en múltiples lugares. Eso los ayudó, aparentemente, a sobrevivir cuando tal cosa parecía lo más difícil, pero también los ayudó a morir cuando ya no había nada que hacer.

A este respecto, mis abuelos mantenían, no obstante, actitudes diferentes. El abuelo Setrak, el padre de mi madre, daba la impresión de no aburrirse nunca. A su hermano mayor Harutiun lo habían degollado delante de él y eso le dio ocasión para salir con vida. Como otro había muerto por él, consideraba que, en cierto modo, la vida que vivía no era suya o solo a medias,

una especie de vida prestada. Como otro había muerto para que él viviese, restituía esa deuda viviendo, a su vez, para otros. Vivía para sus hijas, Elisabeta, mi madre, y Maro, a la que puso el nombre de su hermana, enterrada en la tumba sin tierra de las aguas del Éufrates. Vivía para hacer regalos a los niños pobres, para dar una dote, antes de la boda, a los dependientes de la tienda, para vestir al desnudo y dar de comer al hambriento. Les dio de comer a los prisioneros armenios del ejército soviético destinados al trabajo obligatorio en tiempos del gobierno de Antonescu. Se llevó más de una bofetada en tiempos del gobierno legionario so pretexto de ser judío y tan solo la cruz que llevaba el cuello lo salvó de percances mayores. Se llevó más de una bofetada tras la toma del poder por los comunistas, so pretexto de ser legionario y en esa ocasión la cruz que llevaba al pecho no le fue de ninguna utilidad, sino al contrario. Pero, como dice el Eclesiastés, el pan colocado en el agua vuelve y uno de los prisioneros armenios a los que había socorrido reapareció como oficial del Ejército Rojo, de manera que los moratones de las mejillas abofeteadas y la confiscación de las tiendas fueron las únicas cosas malas que le acaecieron, pues los comunistas le dejaron, pese a todo, una de las casas y le mostraron su benevolencia por no mandarlo a la cárcel como a un explotador que era. El que no pudiera demostrarse a quién había explotado es harina de otro costal, pero los comunistas no se complicaban la vida hilando tan fino. Para ellos bastaba que la abuela llevase pieles, que tuvieran piano en casa, que fueran a veranear al balneario de Olănești y, por si faltaba poco, que el abuelo organizara los domingos en la terraza de Pașa parrandas con músicos zíngaros. Convertido en vigilante nocturno en el liceo HERMANOS BUZEȘTI de Craiova, mi abuelo Setrak tuvo tiempo suficiente para meditar, en sus noches de vigilia, sobre todo aquello. Como cuando le hicieron saber en 1942 que lo internarían con toda su familia, por orden del mariscal Antonescu, en el campo de Târgu Jiu, junto a otros apátridas nansenianos. La orden fue revocada y la abuela sacó del cofre la ropa de abrigo y las medias de lana suyas y las de sus dos hijas, pero guardó en una maleta de madera las ropas del abuelo Setrak quien, después de haber estado en un tris de ser internado en el campo, ahora iba a ser movilizado. Se despidió de la familia y se marchó a Bucarest en la primavera del año 1944, donde su carrera como soldado del ejército rumano, junto a otros reclutas de la compañía de nansenianos, duró

exactamente tres días. Cómo cupieron sus modales de comerciante dentro de las botas cuarteleras y en los corchetes apretados en el cuello, la historia no nos lo cuenta. La compañía hizo instrucción dos días y al tercero, en su cuartel cercano a la Estación del Norte, realizó su primer ejercicio en vivo contemplando desde enfrente el bombardeo de la estación. Con el cuartel en pleno desbarajuste, con reclutas tan intrépidos y torpes, más dispuestos a hacer negocios con los pertrechos militares que a usarlos en la guerra, la compañía apátrido-rumana compuesta de reclutas armenios se disolvió por sí sola y los armenios, al ver que nadie los llamaba a formar, se dispersaron.

De manera que como el abuelo Setrak pasó en muy pocos años por estadios tan diversos como fueron, por orden, rico, pobre, vapuleado, tomado por judío, internado en campo de concentración, movilizado y desmovilizado, otra vez vapuleado, burguesado y desburguesado, tuvo toda la razón para considerar que este mundo era incomprensible. Y quien creyera que el mundo era otra cosa, en opinión de mi abuelo, no entendía nada. Y para demostrar lo absurdo que era el mundo, dio el testimonio decisivo que estuvo a su alcance, a saber, el ejemplo de su propia muerte. Primero, se dejó atropellar por un coche cuando iba por la Plaza Vieja, frente a la fuente Purcicarului y luego se cayó de cabeza desde el tejado de su casa de la calle Barați, nº 4, cuando trataba de reparar los aleros. Solamente lo consiguió a la tercera, cuando murió de frío en el invierno del año 1985, porque los comunistas ahorraban gas, razón por la cual lo cortaban durante días seguidos y, para que el ahorro fuera mayor, precisamente cuando el frío era más intenso.

Como nada parecía más absurdo para un hombre que había pasado, como el hilo por el forro, tantas veces frente a la muerte, que morir porque el estado comunista ahorraba gas, el abuelo Setrak se apagó con una expresión de serenidad pintada en el rostro. Lo enterraron en el cementerio católico de Craiova, no porque él lo hubiese sido, sino para que las cosas siguieran siendo incomprensibles.

En cambio, el abuelo Garabet consideraba que todas las cosas del mundo tenían un sentido. A diferencia del abuelo Setrak, que había pasado en orfanatos y aprendiendo oficios los años que suelen destinarse a la escuela, el

abuelo Garabet había cursado estudios en el liceo agrícola de Constantinopla, lo que en aquel comienzo de siglo significaba bastante. Sabía muchas cosas, era ingenioso y estudioso y por nada del mundo, para desesperación de la abuela Arşaluis, habría cambiado la ciencia por el comercio.

Consecuentemente, como comerciante, mientras el abuelo Setrak reunía sus buenos dineros del café, olivas, cacao y pasas, Garabet siempre estaba en quiebra. O lo habría estado si su cuñado Sahag Şeitanian lo hubiese dejado obrar a su antojo. Pero estar siempre en quiebra no era su única ocupación. El abuelo Garabet era cantor en la iglesia, violinista, músico, motorista, calígrafo, fotógrafo, pintor, profesor de música y de armenio, retratista, *lăutar* de circunstancias y cosía encajes, es decir, que practicaba todos los oficios que no dejan una gorda. En definitiva, que mi stirpe, en sus cuentas con el mundo, estaba en paz: el abuelo Setrak juntaba y el abuelo Garabet malgastaba. El comunismo allanó las cosas: el abuelo Setrak ya no tuvo qué juntar y el abuelo Garabet no tuvo qué malgastar.

Pero como para el abuelo Garabet las cosas mundanas que podían contarse en dinero eran insignificantes, su vida no cambió gran cosa con la llegada de los comunistas. En realidad, respecto a lo que hacían antes, la vida de los armenios de Focşani no cambió demasiado. El que era relojero siguió siéndolo. El que era zapatero siguió siéndolo. El que había sido tendero de coloniales siguió vendiendo coloniales. El campanero siguió siendo campanero y el médico siguió siendo médico. Y ni que decir tiene que el pope no se quitó la sotana en la iglesia. Pero si las profesiones siguieron siendo las mismas, ellos, los profesionales, sí sufrieron. Y es que los artilugios que reparaban los relojeros pasaron de ser suizos a rusos; el lugar de los botines de charol y los zapatitos de tacón y lengüeta lo ocuparon los borceguíes que se arreglaban constantemente hasta que la suela era más gruesa que la pala. Las confiterías se mantuvieron, pero los productos selectos desaparecieron de los anaqueles, los *lokum*, la *halva* de *tahin*, los *leblebi*, las cajas de cacao Van Houten, los sacos de café, las frutas tropicales confitadas o las almendras de chocolate. En cambio, aparecieron masas impregnadas de grasa, barquillos rasposos y bizcochos resecos de los que la crema se desmenuzaba y se desprendía. Solo los trozos de azúcar cande, cuando les daba una chispa de luz, conservaban

un pequeño y tenaz brillo del resplandor de antaño. Der Dagead Aslanian se remangó la sotana y escondió con la ayuda de Arşag el campanero los libros antiguos y tesoros de la iglesia en las viejas criptas. Unos años después los sacaron con sumo cuidado, uno a uno, y finalmente el tesoro más preciado, el pájaro de plata de cuyo pico goteaba en el agua del día 6 de enero¹ el santo óleo, resto del que bendijo en el año 301 el propio San Gregorio el Iluminador y que se renovaba cada siete años. La campana estuvo algo más callada y taciturna. Arşag subía al campanario no tanto para tirar de la cuerda, como para hablar con la campana, que le respondía con silencios de distinta intensidad, como un órgano por cuyos tubos uno no toca, sino que respira. Luego, para mirar por el ventanuco que daba al sur, tan angosto que se podría sacar por él una escopeta, pero lo bastante alto para ver hasta el confín de la ciudad por si llegaban los americanos. Por el ventanuco del sur no se vislumbraba a los americanos, en cambio, por el que daba al norte se veía venir a los rusos por el camino de Tecuci. Y durante más de diez años, tiempo en que el ventanuco del sur permaneció callado, siempre desde el del norte, ahora acompañado por otros miembros del consejo parroquial, a quienes permitía mirar de uno en uno, Arşag observó la partida de las tropas rusas por el mismo camino de Tecuci. Pero ya era demasiado tarde, las banderas rojas habían echado raíces y sus escudos con la hoz y el martillo se habían cosido en el estuco, de modo que no se pudieran arrancar de los frontispicios si no era arrancando el muro mismo. Como bien dijo Sahag Şeitanian, que era el que se pasaba más tiempo con los ojos pegados al ventanuco, «para podernos liberar, sería menester no que ellos se fueran y nos quedásemos nosotros, sino que nos fuésemos nosotros y se quedaran ellos». Era una mañana neblinosa que seguía a una noche lluviosa, los soldados rusos desaparecieron rápidamente, la tierra les embarraba las botas, conque no dejaron polvareda tras ellos.

También los médicos siguieron siendo médicos pero, como sucede en todas las guerras, después de haber enterrado, todos revueltos, a hombres hambrientos, a otros ensangrentados por heridas, a otros a los que les crujían los dientes por el tifus y que lloraban por quienes los habían precedido, ahora

¹ El día 6 de enero, la iglesia ortodoxa conmemora el bautismo de Jesús en el Jordán. N. del. t.

ya no daban abasto con los partos. Niños que en un mundo al revés, donde el sol se ponía en levante, nacían ya viejos.

Así pues, mi abuelo Garabet Vosgianian se mantenía equidistante de todo lo que acontecía. Quería entender el mundo y entonces lo consideraba repetible, dejaba que los modelos vivieran en lugar de él. Su modelo de sufrimiento era el monje Komitas con el cual, cuando se acercaba a la vejez, cobraba un parecido cada vez mayor, tanto era así que cuando vi por primera vez la máscara mortuoria de Komitas, que conservan los monjes mekhitaristas de la isla veneciana de San Lázaro, me estremecí ante el insólito parecido. Para mi abuelo, el padre Komitas quizá no fuera el prototipo del sufrimiento, pero sí el de la locura.

A menudo se sentaba, se quedaba inmóvil y musitaba algo solo para sí. Nosotros no sabíamos lo que decía, la abuela no nos dejaba acercarnos. Esas páginas se han quedado en blanco en *El libro de los susurros*. Otras veces se encerraba en su habitación y cantaba. Tenía una voz de barítono que subía rápidamente al agudo del tenor, igual que la voz de Komitas que asombró a Vincent d'Indy, a Camille Saint-Saëns y a Claude Debussy. Cantaba acompañándose del violín, forzando con el arco varias cuerdas a la vez para que se oyese como un cuarteto.

Komitas fue detenido también el día 24 de abril de 1915, como sus amigos poetas Daniel Varujan, Ruben Sevag y Siamanto. Vestía su túnica de archimandrita, menos la capucha que simbolizaba, por su forma puntiaguda, el monte Ararat y que llevan, desde el *catolicós*² a los monjes, los representantes de la iglesia armenia. La capucha y la capa se las dio a algunos de los desvalidos que iban en el convoy. A ellos los llevaron en coche hasta casi Ceanguri. Komitas se mezclaba con la muchedumbre para tratar de aliviar, en la medida de lo posible, el sufrimiento y los exhortaba a conservar la confianza en Dios. Por la noche se quedaba solo y murmuraba. Al principio, sus compañeros de viaje creyeron que rezaba, pero no, le hablaba a alguien y si ese alguien era Dios, entonces las palabras, inusuales para un monje, parecían de reproche, una especie de salmos al revés. Y un día, vio a una mujer a punto

² Primado de la iglesia ortodoxa armenia. N. del t.

de dar a luz pero, antes de que llegase junto a ella, un soldado rajó con el sable la barriga hinchada y palpitante de la mujer. Desde aquel momento, Komitas, como Andrei Rubliov cinco siglos atrás ante las crueldades de los tártaros, se quedó mudo. Solo volvió a hablar en una única ocasión; al principio, los otros creyeron que era una broma, pero luego comprendieron que al padre Komitas se le habían aflojado los tornillos de la mente. Detuvo su camino y les dijo a sus compañeros de convoy: «¡No os apresuréis! ¡Dejad que los soldados nos adelanten!». Luego, cuando iban a llevarse a Daniel Varujan para matarlo, Komitas habló por última vez. En realidad, no habló sino que cantó. Primero los salmos *¡Perdóname, Señor!*, pero con voz áspera, como esperando que Dios nos pidiera perdón a nosotros, luego *Grunk, La grulla*. Y cuando acabó, rompió a reír. Las carcajadas se oyeron durante toda la noche, estridentes y nerviosas, como un tejido podrido que uno rompe y rompe de tanto doblarlo. Muchos de ellos, empezando por el propio Daniel Varujan y por Siamanto, fueron asesinados entonces. Al archimandrita Komitas, Oguz bey, como no sabía lo que hacer con él, acabó por mandarlo de vuelta a Constantinopla. Lo suyo era matar hombres a los que se les doblaban las piernas y caían o que intentaban huir, mataba hombres que rezaban, suplicaban, lloraban o maldecían, pero no sabía lo que hacer con uno que se reía.

Y Komitas reía sin parar, era una risa como jamás se había visto, que tomaba para sí las lágrimas de los que sufrían, pero que desafiaba a los asesinos: aquella risa demostraba que en Komitas no quedaba ya nada que matar.

Nunca se recuperó. Sus amigos lo enviaron a París, a un sanatorio. Murió veinte años después y la risa y el llanto se reconciliaron en su semblante mortuorio. Su rostro estaba tranquilo, como lo estuvo el de mi abuelo, como si la muerte solo hubiese sido un alto en el camino, como si uno se apoyase en el brocal de un pozo fresco y mirase dentro.

El abuelo Garabet cantaba *La grulla*, la canción que hablaba del terruño, después no se echaba a reír sino que callaba. Sé lo que hacía porque las huellas se quedaban en el lienzo, la carcajada de mi abuelo era de colores, los trazaba a tontas y a locas, creía yo, en el lienzo con el pincel o, cuando no

podía poner fin a las carcajadas, apretaba directamente el tubo de pintura sobre la tela. Predominaban el negro y el naranja, que el abuelo examinaba atentamente, era su manera de tratar de entenderse a sí mismo. En su esfuerzo por entender el mundo, el abuelo tenía para cada cosa sus normas metodológicas. Por ejemplo, él se descodificaba a través de los colores. Todo hombre tiene su carga energética. La energía significa antes que nada luz. La luz es una combinación de colores; podemos percibir, por el espectro de colores, la distancia de dónde viene, de qué cuerpo emana y en qué momento del día estamos. Lo mismo sucede con el hombre, si lo colocamos ante una pirámide de cristal y lo miramos tendremos el espectro. Heme aquí, decía el abuelo, mirando de cerca la hoja surcada de colores retorcidos, incluso la toco, para ver no solo el color y gracia de las líneas, sino también la lisura o aspereza de la pincelada.

Por otro lado, esos eran unos de sus pocos momentos en que se implicaba. Por lo demás, miraba las cosas de forma paciente y meticulosa. Incluso cuando comía, para entender la índole de la comida, masticaba cada bocado treinta y tres veces, necesario, según él, para entender, por una parte, el sabor y sentido de cada alimento y, por otra, para triturar lo suficiente la comida y proteger el estómago. A decir verdad, ese punto equidistante de todo equidistaba también de él mismo. Contemplarse a sí mismo con la misma curiosidad y distanciamiento con que uno inspecciona los árboles del parque o la cronología de una guerra, desde un lugar donde todas las cosas pueden contemplarse desde fuera, es también una especie de locura. Solo que, como bien se ve, el abuelo tenía su modelo de sufrimiento en el padre Komitas, pero no para imitarlo, sino para reflejarse en él. Mientras la del padre Komitas era una locura interior, la del abuelo Garabet venía de afuera, trascendía de las cosas.

Por eso mi abuelo, que consideraba que el mundo solo existía para ser comprendido, decía que cuando uno se aprende a sí mismo de memoria, cuando se vuelve tan previsible que se puede recitar de carrerilla, como un poema, con principio y fin e incluso con rima, entonces había llegado la hora de morir.

Si en su paso por este mundo el abuelo Garabet Vosganian entendía y el abuelo Setrak Melichian no, mi padrino de bautismo Sahag Şeitanian padecía. Y si para el abuelo Garabet lo primero que era menester entender, es decir entenderse a sí mismo, procedía del encuentro con la mezcla de colores entrecruzados y para mi abuelo Setrak la incomprensión de sí mismo procedía del encuentro con las bofetadas que había recibido en abundancia, para Sahag Şeitanian el padecimiento procedía del encuentro con Yusuf.

HISTORIA DE YUSUF. En *El libro de los susurros* no hay personajes imaginarios porque todos han existido en este mundo, en su tiempo y lugar correspondientes y todos tienen un nombre. Hay un único personaje que puede parecer imaginario porque su existencia transforma *El libro de los susurros* en una realidad escalonada que se multiplica por sí misma, como dos espejos colocados uno frente a otro. Escribo a menudo sobre el narrador de *El libro de los susurros*. En mi narración, el narrador narra sobre *El libro de los susurros*. Y en este nuevo libro narrado vuelve a aparecer el narrador narrando. Narra cosas sobre el narrador y su narración. Si se invirtiese el orden y llegásemos al último narrador, el que no tiene la debilidad de describirse a sí mismo, y viniésemos desde él hasta mí, entonces tendríamos el sueño, luego el sueño del sueño y así sucesivamente. Pero al escribir sobre el que escribe y este a su vez inclinado sobre el manuscrito en el que existe también un personaje llamado autor y que escribe, estamos como en un descenso escalonado, como esos juguetes de madera metidos unos dentro de otros, las matrioscas que el viejo Musaian se trajo de Siberia, perdida la cuenta de los años y olvidando que, mientras, su hijo Arachel ya había llegado a edad militar.

Entre tantos personajes reales, algunos nombres los encontrarán también en los libros de historia, otros los encontrarán tan solo en *El libro de los susurros*. Este libro, aunque habla principalmente del pasado, no es un libro de historia, ya que en los libros de historia se habla sobre todo de vencedores; es más bien una recopilación de salmos, pues habla por lo general de los vencidos. Y entre los personajes del libro se encuentra uno que no existió y, pese a ello o quizá precisamente por ello, incluso tiene un nombre: se llama Yusuf. Este Yusuf fue un nombre prestado nada más y existe en *El libro de los susurros* únicamente porque, aunque no participaba de la estructura del libro, sin embargo es la llave que abre la puerta de la habitación donde más lágrimas se han derramado en el siglo fronterizo, de paredes desnudas arañadas con las uñas, entarimados destrozados y la tierra levantada y amontonada, depositada de cualquier manera, como ocurre con una tumba hecha de prisa y corriendo. Y, de todas las tumbas, las que se hacen más de prisa son las fosas comunes.

Los vivos y los muertos pertenecen al cielo y a la tierra. Solo los moribundos pertenecen por completo a la muerte. Esta se pasea entre ellos, se comporta sencillamente con ternura, la condición de moribundo es un estado que la muerte se encarga de no truncar demasiado pronto. Es su avena fresca. La condición de moribundo es una iniciación para la muerte. Desde Mamura hasta Deir-ez-Zor, en una distancia de más de trescientos kilómetros, un pueblo entero recorrió los siete círculos, es decir, el camino de iniciación a la muerte. Al final del cual Sahag Şeitanián se encontró con Yusuf.

MAMURA. PRIMER CÍRCULO. El camino discurría recto a lo largo de la vía férrea. La entrada en el primer círculo, el de los convoyes compuestos por armenios de los lugares más diversos, de la Tracia europea como Adrianópolis, de Esmirna e Izmid en la Anatolia occidental o bien de los valiatos de la oriental como Trebisonda, Erzerum o Kharput, se hacía a pie. Vistos de lejos, desplazándose apretujados unos contra otros y con la cabeza gacha, parecían peregrinos. Solo que a los peregrinos los guía su fe y no soldados empujándolos por detrás y hostigándolos con el hocico de los caballos u obligando, a latigazo limpio, a incorporarse al convoy a los descarriados. La familia de Sahag Şeitanián estaba compuesta de cinco personas, la abuela, los padres, él y una hermana menor. A los otros dos hijos mayores, Simon y Haigui, los habían mandado a escondidas a Constantinopla. Su madre, Hermine, era una mujer corajuda. Aún se mantenía bien en pie. Rodeaba a sus hijos con los brazos y seguía el camino recto, en medio del convoy, para defenderlos de los cascos de los caballos. Y para evitarles la vista de los cadáveres despedazados por los cuervos a orillas del camino. Tenían un poco de dinero que el padre, Rupen, llevaba escondido debajo de la camisa. Parte de él les sirvió para comprar una especie de billete o, mejor dicho, compraron la benevolencia del jefe de la estación de Izmid y se subieron a un tren con el que atravesaron la línea Eşçişer-Konya-Bizanti-Adana, la mitad del camino hasta Mamura, donde el tren se detuvo por orden del ejército que había bloqueado la vía. Pero el que interceptaran el tren, aunque el camino pasaba por sendas rocosas o por la llanura con un calor sofocante e iba a ser agotador, les salvó la vida, ya que los vagones de ganado donde los habían hacinado resultaban estrechos, casi no les quedaba comida y no les habían dado agua.

Los muertos que quedaron en los vagones eran los que acababan de expirar, porque todos los que habían fallecido por el camino fueron arrojados de los vagones a lo largo de los terraplenes.

De manera que tuvieron suerte por partida doble. Primero, porque se ahorraron hacer centenares de kilómetros a pie y, en segundo lugar, porque los bajaron de los vagones cuando estaban a punto de morir todos asfixiados. Pero la mayoría, sobre todo los convoyes de los valiatos occidentales, no gozaron de tal posibilidad. Esos hicieron todo el camino a pie; solo algunos, los más pudientes, pudieron proveerse de carros y mulas. A causa del cansancio, del frío, del hambre, del pillaje y de las matanzas, de casi un millón y medio de deportados, medio millón murieron antes de llegar al límite del primer círculo. A ellos se añaden los que sí llegaron, pero no por su propio pie, sino llevados por las aguas del Tigris y el Éufrates.

En el mes de septiembre, las noches empezaban a refrescar sin que la chicharrera del día se suavizara. Los empujaron hasta un terreno extenso junto a la estación de Mamura. Hasta donde alcanzaba la vista, la gente había levantado, sabe Dios cómo, con mantas, ropa o sábanas, una especie de tiendas de campaña. La mayoría se apoyaban solo en cuatro palos y extendían en una superficie de tres o cuatro metros cuadrados un tejido descolorido que servía para el sol y la lluvia, pero que era totalmente impotente contra el frío. Sahag contó con los ojos aquellas improvisadas tiendas, eran tantas que no se veían los límites. Estaban colocadas adrede al borde de la ciudad, al otro lado de la vía del tren, para que el linde del ferrocarril pudiera vigilarse mejor y nadie osase entrar en la ciudad a buscar pan. Ellos tenían algo, comían deprisa y con precaución a la sombra de la tienda, para no ser vistos por quienes merodeaban cerca.

A veces, grupos aislados se acercaban a la vía férrea, pero inmediatamente los ahuyentaban al campamento. Sin embargo, los soldados acabaron por dejar de amenazarlos y les permitieron dedicarse a lo suyo. Pues en esta ocasión eran los que iban de tienda en tienda a ayudar a los de dentro a cargar a sus muertos. Y para no dejar a los muertos del todo solos, los colocaban uno junto a otro y luego, cuando se multiplicaron demasiado, uno

encima de otro, de tal forma que la muerte formó montículos que rodeaban el campamento como torrecillas de vigilancia. Los animales bufaban de hambre y del olor de la muerte. Eran principalmente mulas enganchadas a los carros o que cargaban los fardos en albardas y resultaron ser más resistentes pues los caballos habían muerto bien de sed o con las patas rotas en los senderos de montaña. Los perros se mantenían apartados; notaban en los ojos de las personas la misma hambre y sensación de acoso y esperaban con paciencia, junto a las bandadas de cuervos, la caída de la noche.

Dormían pegados unos con otros para mantenerse en calor. Por el día se desnudaban y se extendían la ropa anudada encima. Habían llegado a un acuerdo con una pareja de recién casados de Konya para compartir el carro de estos, mientras los hombres lo empujarían por detrás para ayudar a la mula. Una mujer se ofreció a coserles las sábanas para resistir mejor los embates de viento. Iba con su prometido, tendrían que haberse casado, pero los invitados habían muerto por el camino.

La madre de Sahag tenía dos ollas en las que reunía el agua de lluvia. Cuando el agua estaba a punto de acabarse, se frotaban los labios con unos trapos que tendían durante la noche para que la escarcha los humedeciera.

Cuando la profusión de tiendas se extendía demasiado y amenazaba con desbordarse al otro lado de la vía férrea y el número de cadáveres era tan grande que el aire se espesaba por el olor de la muerte, los soldados irrumpían a caballo entre las tiendas y arreaban a varios miles de personas otra vez al camino. Las tiendas se desmoronaban bajo los cascos de los caballos y la muchedumbre era empujada a golpes de látigo hasta el límite del campamento. Si no acertaban a amontonar con rapidez sus trastos en los petates o a recoger las tiendas, los jinetes los acuciaban prendiendo fuego a los techados de tejidos secos.

Les llegó su turno a finales de octubre. Hasta la parada siguiente había unas cinco horas de camino, pero eso para alguien en plenitud de fuerzas, a ellos les llevó casi dos días.

ISLAHIYE. SEGUNDO CÍRCULO. El camino pasaba por la cordillera de Amanus, por las cumbres, para luego bajar hacia Islahiye bordeando un río. Al alcanzar el segundo círculo cayeron las primeras nieves. Muchos iban vestidos con harapos ligeros y solo el polvo empapado de sudor les hacía más gruesa la indumentaria y les proporcionaba calor. Dejaron que la mula llevase la manta y ellos se envolvieron, durante todo el trayecto, con sábanas. Abandonaron el carro, ya que no podía pasar por senderos tan angostos, y los hombres volvieron a echarse a la espalda los bártulos que pudieron cargar. Cuando el tiempo mejoró un poco, hicieron jirones una sábana y se ataron uno a otro para no resbalarse por lo abrupto del terreno y caer peñas abajo. Era un camino limpio de monte y tal siguió siendo tras el paso del convoy, pues a los que se caían, faltos de fuerzas, los empujaban a bastonazos hasta el precipicio. Montaron a la vieja en la mula y eso la ayudó a soportar el camino, a diferencia de muchos otros que perecieron de agotamiento o de moribundos que se caían en redondo y se golpeaban contra los riscos. Cuando llegaron al llano, una cuadrilla de varias decenas de kurdos armados salió al encuentro del convoy. Como obedeciendo a una señal, los soldados detuvieron el paso y dejaron que el convoy siguiera adelante desprovisto de defensa. La multitud se paró y miró asustada a los jinetes que embestían contra ellos agitando escopetas y cimitarras. Era una altiplanicie estrecha. Detrás tenía las montañas, a una y otra parte precipicios abruptos y enfrente a los jinetes. Escena que conocemos por haber sido relatada cientos de veces. Convoyes abandonados, indefensos, en su mayor parte mujeres y niños corriendo a la desbandada a cielo abierto y buscando cada uno salvarse como pudiera sin saber que, precisamente cuando alguien se separa de la multitud, se convierte en la presa más segura para los jinetes entregados al pillaje y el degüello, ya sean criminales liberados a propósito de las cárceles turcas y armados, o bien kurdos, chechenos o beduinos. Era raro que apareciesen por casualidad; por lo general, les avisaban de la fecha y el trayecto de los convoyes y los soldados tenían instrucciones de alejarse y dejar a los otros entregarse a su tarea. Algunas veces, solo para saquearlos y robarles las mujeres jóvenes; otras, lo que solía ser frecuente, para exterminarlos hasta el último hombre. No había ninguna regla; te podían matar por llevar dinero o alhajas o por no tener nada que darles. Lo más acertado era quedarse encogido o tendido fingiéndose muerto.

Si uno tenía la suerte de que no lo pisotearan los caballos, podía salir con vida cuando los jinetes se cansaran de acosar dianas móviles o bien a la caída del crepúsculo, cuando se alejaban dando alaridos y sujetando con correas a la silla de la montura a las mujeres que forcejeaban. Atrás quedaba, salpicado de cadáveres, el campo donde los supervivientes se levantaban lentamente, estupefactos.

Al prometido de la mujer con que habían hecho amistad lo mataron. Llevaba al cuello una cadena sin ningún valor, pero que relucía. Le apeteció a un jinete el cual no encontró mejor forma de quitársela que cortándole la cabeza. Tuvieron que dejarlo allí, pasto de las alimañas.

Llevando a rastras a los heridos, llegaron al amanecer al llano de Islahiye. En la entrada al campamento había, a ambos lados, dos montones de cadáveres, sobre todo de niños. Montaron las tiendas. Los alimentos se estaban acabando. Por la mañana, soldados a caballo surcaban el campo arrojando a voleo pan sobre las tiendas. El gentío se atropellaba para coger algún pedazo y se lo disputaban. A medio día el campo se calmaba, la gente se metía dentro de las tiendas y velaba a los que morían.

Los soldados se mantenían alejados, pues el olor irrespirable de la muerte no era dulzón sino acre, augurio de una epidemia de disentería. El comandante del campamento llamó a los hombres que aún tenían fuerzas y les ordenó reunir a los muertos. Como el hambre y la disentería causaron en aquellos meses de otoño, en el campamento de Islahiye, más de sesenta mil víctimas, el comandante ordenó que se depositase a los muertos al borde del campo durante dos o tres días, antes de enterrarlos. Porque estando a merced del viento, los muertos se acartonaban y empequeñecían con lo que ocupaban menos sitio; de esta manera, en las fosas comunes cabían más.

Luego, arrimaron las tiendas unas a otras a fin de que los saqueadores, principalmente beduinos de las aldeas próximas, no tuvieran sitio para pasar entre ellas. Los deportados no se temían entre sí, ya que ninguno iba a robar dinero ni oro puesto que no podía hacer nada con él. Y lo que más habrían podido anhelar, harina, azúcar o carne seca, hacía mucho que se había terminado. Los animales buscaban al pie de los muros o en los terraplenes

puñados de yerba. Los que estaban destrozados por dentro a causa de la disentería yacían encogidos esperando la muerte. Los otros mascaban y mascaban los pedazos de pan quebradizo arrojados desde el caballo al galope.

Ocurrió algo milagroso y atroz a la vez: llegó la nieve. Se precipitaron fuera de las tiendas con las manos abiertas; había todavía en ellos bastante vida para que los copos se derritieran en el hueco de las palmas y lamieran las gotas que les corrían por los dedos. Más tarde, cuando vieron que la nevada arreciaba, esperaron a que se extendiera y lamieron la nieve del suelo, con los perros y las mulas. Sahag se sació más que los demás, pues había observado que la nieve se espesaba y duraba más en la frente de los muertos, más fría incluso que el suelo.

Pero junto con la nieve llegó de repente un frío glacial que heló el suelo, convirtió las sábanas con las que se habían levantado las tiendas en pliegues cortantes, limpió el aire, acabó con la proliferación de bichos vivientes de todo tipo y los miasmas cayeron a tierra como la escarcha. Las personas se arrimaban unas a otras, dentro de una tienda más espaciosa se congregaban los moradores de varias y, allí donde alguien lograba encender una fogata ablandando algunos chamizos helados, se arremolinaban a su alrededor, aunque lo único que conseguían era mirar de lejos la llamita mortecina.

Y quienes se hallaban a las puertas de la muerte estaban tan debilitados por el hambre y quemados por el frío que, cuando los arrastraban entre las tiendas de las manos o las piernas, se les rompían los brazos o los tobillos con un chasquido, como si se tratara de ramas secas.

Cuando las nieves se fundieron se reanudó la formación de los convoyes. Los cielos se humedecieron y se desencadenaron las lluvias. Los caminos se convirtieron en un barrizal. Se envolvieron los pies con tiras de sábanas pues, yendo descalzos, se les hubiesen pegado a la tierra y ya no habrían tenido fuerzas para sacarlos del fango. Bajo una llovizna que fundía todos los contornos, el nuevo recorrido duró casi una semana. No se podían contar los muertos porque, en aquel camino brumoso donde nadie veía otra cosa que los vapores azulados de la propia respiración, la carne de los que caían, mojada por la lluvia, era tan blanda y pegajosa como el lodo arcilloso.

Los pisoteaban quienes iban a la zaga y la carne se les mezclaba, como una masa negra, y se cubría con el barro del camino. Y la lluvia no paró ni cuando llegaron.

BAB. TERCER CÍRCULO. El campamento de tiendas negras se extendía por una franja de terreno a varios kilómetros de un centro habitado, precisamente para evitar que los deportados pudieran acceder al pueblo. A causa del suelo arcilloso, el agua mezclada con nieve estaba empezando a estancarse y todo se transformaba en un cenagal.

No consiguieron contar los muertos que se habían quedado en el camino, ya que estaban desbordados por los que morían en el interior del campamento de deportados. Los hombres supervivientes se organizaron en dos grupos. Uno se dedicaba a acarrear muertos fuera del campamento y a cavar fosas comunes. El acarreo de muertos resultaba más difícil en el tercer círculo, puesto que, como estaban tan secos como la tierra esponjosa y con los huesos ligeros por el frío, absorbían agua y se hinchaban y las venas, ablandadas por el agua, se rompían y cobraban un tinte rojo como la carne cruda. Por la hinchazón y la dificultad de doblarlos, ocupaban mucho espacio y era menester hacer las fosas más grandes, además de que la tierra era pegajosa.

El segundo grupo de hombres iba campo atravesado y se acercaba a la ciudad, pero únicamente hasta los vertederos de basura y la entrada de los barrios pobres a buscar alimentos que, la mayor parte de las veces, se componían de animales muertos. Algunos, todavía ágiles, arrojaban piedras a los cuervos o cazaban los perros que merodeaban por el campamento y que, al anochecer, escarbaban las tumbas tapadas con premura en busca de carne no putrefacta todavía.

Así se declaró la epidemia de tifus. Se cebó primero en los niños. Les cubrió las mejillas de manchas rojas que, a causa de la miseria, se transformaron rápidamente en llagas sanguinolentas en las que se mezclaban la sangre y el sudor y la fiebre. Luego se contagiaron las madres, quienes no podían evitar estrechar en sus brazos a sus criaturas que tiritaban de fiebre. Solo el frío glacial del invierno impidió que la peste los contagiase a todos. Pero

el frío actuó de tal manera que quienes enfermaron no tuvieron escapatoria. Por miedo a la enfermedad, los soldados se mantenían a distancia y muy de tarde en tarde, sin bajar de los caballos, se aventuraban a meterse entre las tiendas para lanzar pan deprisa y corriendo en medio del aguanieve. A nadie se le ocurría quitarle el barro; los afortunados que se hacían con el trozo de pan corrían a repartírselo con los de su tienda o se acurrucaban con la cabeza en el pecho, apretaban el mendrugo y se lo zampaban sin masticar, no fuera a ser que otro se arrojara sobre él para quitárselo.

De vez en cuando, en especial las mujeres que enloquecían de dolor por sus hijos moribundos, se aventuraban a ir hasta el límite del pueblo para pedir comida o para buscar un techo más seguro y cama limpia. Las ahuyentaban a pedradas o a estacazos, eso si no las mataban a tiros, lisa y llanamente.

La mujer con la que se habían puesto en camino enfermó. Estaba encogida y lo único que podían hacer era taparle la espalda con toda la ropa de cama de que disponían. Un día, el varón de la familia Şeitania volvió con un cuervo muerto que había cazado cuando revoloteaba con toda su bandada alrededor de las pilas de cadáveres. El hombre tenía un brillo salvaje en la mirada, su demacrado rostro estaba cubierto por mechones de pelo rizado, sus ropas se habían convertido en andrajos y, para que el viento no las agitase, se las había atado con una cuerda que se había enrollado varias veces por el cuerpo, desde el pecho a la cintura. En lugar de botas, llevaba dos tiras de trapo anudadas y en la planta del pie se había atado un pedazo de tabla. Eso daba a sus andares un aspecto desequilibrado y caminaba arrastrando ruidosamente los pies y solo los levantaba para cruzar algún umbral. Para cazar no tenía que correr, tampoco habría tenido fuerzas para ello, bastaba cargar con la carroña, y para los perros y cuervos, demasiado gordos por la comida que con tanta abundancia les proporcionaba el campamento, era suficiente tirarles con maña una piedra y, después, con la misma piedra aplastarles la cabeza. O retorcerles el pescuezo rápidamente. Cosa que había hecho Rupen Şeitania pues la cabeza del pájaro estaba torcida, tenía una posición rara. Al verlo así, Hermine estrechó a sus hijos contra su pecho y musitó trastornada: «*Ur es, Asdvadz?*». ¿Dónde estás, Señor? «El Señor se

está muriendo, mujer», le dijo su marido. «Mira, sus ángeles también han muerto». Y arrojó el pájaro negro en medio de la tienda.

A duras penas lograron encender con los chamizos húmedos una fogata asfixiante y consumieron la carne del pájaro desplumado. Pero eso no ayudaba a la mujer enferma cuyo estómago encogido ya no admitía la comida. Vomitó el único pedazo que consiguió tragar y, sin poder detener los espasmos, murió asfixiada poco después. «Es la señal del ángel negro», murmuró Hermine. «Hay otra señal más maldita, cuando el Señor mata incluso a los ángeles negros», manifestó Rupen. Y miró el cielo plumizo, la tierra cenagosa, la lluvia menuda y el vaho del campamento que unía en una neblina ávida y homicida el cielo y la tierra. Subieron a la mujer a la mula y la pusieron colgando de una y otra parte, como un fardo, y Rupen la llevó hasta el linde, donde los cuerpos se hinchaban y deformaban hasta adquirir un aspecto gelatinoso. Pero antes, la desnudaron y repartieron la ropa entre la hermana pequeña de Sahag, para protegerla del frío, y la mujer joven de Konya, a fin de evitar las apetencias de los beduinos, si la veían desnuda.

Por mucho que se guardaran los lugareños, ahuyentando como a perros, con lo primero que les venía a las manos, a los deportados que merodeaban, y gritando «*Ermeni! Ermeni!*» para que saliesen otros y les lanzasen más piedras a aquellos seres que se acercaban titubeando y tendiendo los brazos, así pues, por mucho que se guardaran, el tifus llegó también a la ciudad. Entonces, los árabes reunieron a sus guerreros y entraron a sangre y fuego en el campamento de deportados: lo hollaron con los cascos de los caballos, asesinaron a sablazos o a tiros, los pusieron en fuga a garrotazos o golpeándolos con la hoja de la cimitarra y prendieron fuego a las tiendas de campaña. Como siempre, los soldados contemplaron impasibles el espectáculo y recibieron condescendientes la ayuda que, como en otras ocasiones, las partidas de guerreros daban al hambre, a la disentería y al tifus. La degollina duró todo el día y los guerreros prometieron volver si al otro día los deportados no volvían a ponerse en movimiento, donde fuera, pero lo más lejos posible de sus casas.

Aunque las instrucciones disponían que el campamento de Bab tenía que mantenerse aislado hasta la llegada de la primavera, no obstante, dado el descontento de los del lugar, los convoyes volvieron a emprender la marcha. Era el 5 de enero, en realidad eso no lo sabían con exactitud, nadie había llevado la cuenta de los días y, como tampoco había signos que diferenciaron unos días de los otros, como, por ejemplo, el oficio religioso del domingo, lo único perceptible era el paso de las estaciones y de forma más o menos aproximada. La única cuenta algo más concreta era la de los muertos, que los soldados turcos anotaban haciendo una muesca con la bayoneta en el poste más próximo al lugar donde se depositaban los cadáveres. Pero hasta esa cuenta se perdió cuando, con los estragos del tifus, se llevaban a los muertos en carros y los arrojaban directamente en la fosa.

Trataron de calcular la llegada de la Navidad por la duración de las noches mas, como el cielo siempre estaba cubierto y plomizo, las noches parecían más largas de lo que en realidad eran. También los muertos se multiplicaron porque los moribundos exhalaban su último suspiro principalmente por la noche. Pero como al día siguiente salían los primeros convoyes y no podían saber cuántos llegarían al final del camino, el puñado de curas, que solo se diferenciaban de los demás por su barba más larga, decidieron que aquella noche fuese la de Nochebuena.

Quienes aún tenían un resto de vela lo encendieron. Hermine dijo: «Dejad que se vea la luz». Consumieron toda la vela, lamieron con los dedos la cera caliente y se la extendieron por la palma de la mano. Habrían tenido que dejar un cabo para la noche de Resurrección. «De aquí a entonces, ya estaremos todos muertos», sentenció Rupen al tiempo que se enrollaba los pies.

MESKENE. CUARTO CÍRCULO. Para no acercarse a Alepo, donde se corría el riesgo de contagio, ante la hostilidad creciente de la población local y por orden expresa de Djemal Bajá de que los deportados y los convoyes se mantuvieran alejados de la vía férrea, el convoy se desvió del camino más transitable, por Alepo y Sebil, y atravesó lugares más agrestes por Tefridge y Lale. Una persona en plenitud física habría podido hacer el camino de Bab a

Meskene en dos días, eso suponiendo que hubiese podido gozar de un sueño reparador en los caravasares de Lale, que hubiese podido comer hasta hartarse y que hubiese tenido odres de agua acarreados por mulas. Los convoyes que partieron de Bab hicieron ese camino en al menos diez días y veces hubo que tardaron dos semanas.

Al salir de Bab empezó a nevar de nuevo. Como no circulaban por la carretera principal de Alepo y la nieve cubría toda la extensión del terreno, los convoyes erraban en ocasiones la dirección y, tras deliberar entre ellos, los soldados los hacían volver al camino correcto empujándolos con el hocico de los caballos. Tampoco resultaba difícil equivocarse, porque los integrantes de los convoyes, aun los más resistentes, desde las primeras filas, aguantando el viento a pecho descubierto, caminaban casi siempre mirando al suelo y no al camino, que consideraban interminable, y cuando levantaban la vista era para mirar al cielo en busca de algún rayo de luz, una señal de que paraba la nieve o, sencillamente, una señal. Se envolvieron con todas las telas y sábanas que les quedaban y se las ataron al cuerpo con cuerdas, para resistir el viento. Los tejidos más gruesos los reservaron para los pies; con ellos se hicieron una especie de pantuflas que mojaban en aceite, si es que les había quedado, o en charcos de petróleo para que resistieran cuando se empapaban de nieve. El convoy partió con una multitud compacta pero, a medida que el agotamiento iba haciendo mella, alcanzó casi un kilómetro de largo. Los soldados se contentaban con empujarlos y desistieron de meterles prisa; los estimulados a latigazos o bastonazos, en lugar de apretar el paso, se caían de rodillas. Eso se tomaba como un signo de rebeldía y los mataban golpeándolos con bastones en plena cabeza para ahorrar balas. Caían sin sentido en la nieve, lo que equivalía a la muerte. Después renunciaron y los dejaron avanzar como les permitían sus fuerzas. Los más cansados caminaban cada vez más despacio y se quedaban rezagados hasta llegar a la cola del convoy, se arrancaban con más dificultad las piernas de la nieve hasta que, al final, se quedaban inmóviles, clavados en la nieve, con las piernas demasiado congeladas para poder doblar las rodillas. Morían así, de pie, con los brazos colgando, movidos por el viento, como árboles negros y secos. Los carros que envió el gobernador de Alepo, preocupado por el gran número de muertos que, olvidados por los

caminos, podrían extender la epidemia hasta la ciudad, los encontraban varios días después, siempre en pie, y con los brazos crujiendo a merced del viento. Al principio los enterradores se asustaron. Luego, los arrancaron, lisa y llanamente, de la nieve, como si fueran troncos con las raíces podridas, pensando que la tierra debía de haberse hartado de tanto muerto y que a esos había decidido dejarlos morir de pie.

Dormían en caravasares abandonados donde algunas veces permanecían dos días seguidos para recobrar algo de fuerzas. Desde Alepo, en los carros de los muertos, llegaron algunos sacos de *bulghur*, una especie de trigo descortezado, que les repartieron a razón de lo que les cupiese en el hueco de las dos manos juntas. En Tefridge y luego en Lale vieron a lo lejos un gran número de pabellones sostenidos por postes, con techos de hojalata; algunos tenían incluso abrigo de ladrillo y fue motivo de alegría porque podrían protegerse del frío. Pero solamente se les permitió acercarse a unas decenas de metros. Con el fin de que el camino a Meskene no estuviese salpicado de muertos, las autoridades del valiato de Alepo acordaron levantar aquellos emplazamientos para meter a los moribundos de los convoyes. Estos no recibían ningún tipo de cuidados, simplemente tendían a quince o veinte por pabellón y los dejaban morir. El estado en que llegaron era tan deplorable que no tenían fuerzas para darse la vuelta a un lado u otro ni para resguardarse de los enjambres de insectos. Morían en la misma postura en que los habían dejado, a menudo con los ojos abiertos, ya que los párpados estaban demasiado menguados y reseco para poder cerrarlos sobre el blanco del ojo. Por tal motivo, esos campamentos estaban custodiados únicamente por unos cuantos guardias sin pistolas, pero armados de porras y piedras contra los perros, hienas y cuervos, aunque sin poner tampoco mucho empeño.

La alegría por la proximidad de esos lugares que les habían parecido acondicionados contra las inclemencias del viento, la lluvia y la nieve fue sustituida por el desconcierto y luego por el horror cuando el convoy se detuvo cerca de los pabellones, sin que les permitieran aproximarse. En cada uno de los dos campamentos, salió al encuentro del convoy un grupo de soldados encabezados por un chاوز y un hombre vestido de negro al que los demás llamaban *doktor efendi*. Este ordenó a todos los componentes del convoy que

se colocasen en fila, a un paso de distancia uno de otro, para que no pudiesen apoyarse. Algunos se desplomaron de inmediato lo que facilitó la tarea del *doktor efendi*. Y es que este no había acudido para atender a los vivos sino a los muertos. Para no correr el riesgo de que hubiese tantos cadáveres esparcidos por el camino y, sobre todo, porque en Alepo había una multitud de consulados preparados para enviar telegramas a las cortes imperiales europeas, el *doktor efendi* seleccionó a los moribundos, a quienes inmediatamente agarraron, se los llevaron a los pabellones y los golpearon si la poca vida que les quedaba mostraba alguna resistencia. El *doktor efendi* evaluó a cada uno señalando con el dedo a quien presentaba exantemas, temblaba de pies a cabeza, tenía el semblante pálido en demasía y los ojos hundidos hasta el fondo de la cabeza o las comisuras de la boca cubiertas de unas boceras verde-rojizo que procedían del silbido de los pulmones agujereados. En cada uno de esos dos campamentos de moribundos, el convoy disminuía en número más o menos un diez por ciento. De los que salieron de Bab, más de un tercio no llegaron nunca a Meskene. Muchos terminaron sus días en los dos pabellones de moribundos, los cuerpos de otros se quedaron dispersos por los caminos y la carne se les fundió con la nieve para luego correr formando arroyuelos, mientras los huesos machacados se convirtieron en detritos.

En Meskene, en la frontera del cuarto círculo, los convoyes se volvían a encontrar con el Éufrates, tumba móvil para millares de deportados. En el meandro del río, más allá de Meskene, se juntaban los cadáveres procedentes del norte que las aguas no habían sumergido o los peces no habían despedazado todavía. Los cuerpos se traían a la orilla con bicheros. Como el suelo estaba helado y los despojos eran demasiados para enterrarlos, los rociaban con gasolina y les prendían fuego. El humo negro se veía desde el campamento de Meskene y los deportados sabían por qué el humo era tan espeso, por qué la pira estaba tan húmeda que solo podía arder de forma asfixiante y qué era lo que flotaba en el río mas, pese a todo, se acercaron a la orilla, se arrodillaron y bebieron con avidez el agua con sabor a lejía.

Algunos volvieron a levantar tiendas, otros se instalaron en tiendas abandonadas. Como siempre que aparecía un nuevo convoy, el número de

muertos aumentó y luego volvió a la cifra habitual de quinientos a seiscientos diarios. El frío se había vuelto más húmedo, en especial durante el día, pero siguió siendo igual de terrible por la noche. Las lluvias y nevadas cesaron y serían cada vez más escasas según se aproximaran al desierto. El aire también se volvía más seco, por cuya razón la respiración de los moribundos era más silbante.

El campamento estaba sometido a rigurosa vigilancia. A quienes conseguían burlarla y eran atrapados en el llano en dirección a la ciudad, los metían durante varias horas hasta el cuello en las frías aguas del río para después dejarlos en la orilla a merced del viento. Si sobrevivían, los enviaban a las tiendas donde, tiritando y delirando, se extinguían al poco.

De pronto, la mula se arrodilló y se negó a beber agua. Había sido un animal bueno. Rupen la acarició un rato en la frente con ternura y, después, la golpeó repetidamente con una piedra en el lugar donde la había acariciado. Los niños la lloraron, pero se enjugaron las lágrimas cuando sintieron el sabor dulce de la carne, que no era fibrosa como la de los cuervos muertos ni amarga como la de las carroñas. Les duró varios días y se mejoraron. También les dieron un puñado de *bulghur* a cada uno. Cuando levantaron una interrogante mirada ante ese acto de caridad, supieron el motivo por Kior Hussein, el mismo que castigaba a los fugitivos sumergiéndolos en agua helada: «No quiero que muráis aquí. Ya tenemos bastantes quebraderos de cabeza. La tierra está pegajosa y es difícil cavar. De todas maneras, moriréis. Pero largaos de aquí por vuestro propio pie hasta el desierto. Allí ya no hará falta que nadie se tome molestias por vosotros. Os enterrarán el viento y la arena».

Entonces cayeron en la cuenta de que los que recibían en el hueco de la mano una taza de grano habían de continuar el camino. Los dejaron acercarse al río y beber aquella agua desabrida que, como el agua del Jordán, iba a adquirir un sabor a carne humana. El *bulghur* era un remedio pasajero para las tripas secas por la disentería. Y el agua hinchaba en el estómago los granos que se tragaban sin masticar y hacía que se sintieran dolorosamente hambrientos, pero al mismo tiempo saciados. Pues el cuerpo requería más

vigor, pero el estómago, encogido por el ayuno, se hinchaba y las paredes se ponían a punto de reventar, debilitadas de tanto trabajar en balde.

Sahag había adelgazado, los tobillos apenas eran más gruesos que los brazos. Su madre repartía con precisión lo que había quedado de los saquitos de harina y azúcar comprados en la estación de Konya a algunos del lugar quienes, sabiendo adónde se iban y añadiendo al precio la desesperación, les pidieron tres veces más de lo que costaban.

Comían por la noche para poder dormir pues, según había observado Hermine, costaba más aguantar el hambre por la noche porque el cuerpo está doblado sobre sí mismo. Al principio, les repartió a todos y luego menos a ellos y más a los niños. Y en Meskene nada a la vieja que, una noche, se santiguó, se volvió cara a la pared y murió hecha un ovillo. Así la echaron al carro de los muertos, por la mañana, y así mismo la empujaron al hoyo. Como nadie se dedicaba a lavar a los muertos, ni a velarlos ni, ya en la caja, a recogerles las manos en el pecho, no era necesario ponerles trapos con agua caliente en las articulaciones para tenderles los brazos o las piernas dobladas. No tenían con qué y, aunque se hubiesen tomado la molestia de mojar los cartílagos congelados y secos de las articulaciones, habría sido inútil, ya que en las fosas comunes los cuerpos no se colocaban uno junto a otro, sino que los volteaban al buen tuntún. «Mejor habría sido tenerla aquí hasta la tarde. Entonces las tumbas ya estarían llenas y la habrían colocado encima...», dijo Hermine. Ruppen no contestó, sino que se limitó a encogerse de hombros. Ya no hablaba, levantaba los hombros y su mujer no sabía si eso era una forma de hablar o si lo hacía para desentumecerse la espalda cada vez más encorvada.

La vieja había elegido el momento más acertado para morir. Al día siguiente, los soldados rodearon su tienda y los azuzaron de nuevo al camino. Tras la muerte de la mula, la vieja ya no habría podido caminar y la habrían arrastrado hasta los carros de moribundos conducidos de vuelta a Lale, donde lo único que abundaba eran los enjambres de insectos y la paciencia con que se dejaba morir a los moribundos, tendidos uno junto a otro.

DIPSI. QUINTO CÍRCULO. En circunstancias normales, de Meskene a Dipsi habría únicamente cinco buenas horas de marcha. Sin embargo, el convoy necesitó más de dos días. Por primera vez los pasos encontraron las zonas arenosas que anunciaban la cercanía del desierto.

Los carros donde se apilaban los muertos y moribundos ya no los acompañaban. De vez en cuando, los enterradores que reunían los muertos esperaban a que los vientos removieran la arena y taparan los montones de cuerpos desnudos y negros. Los dos días de caminata resultaron, no obstante, tranquilos. El cielo estaba despejado y los vientos se calmaron. Los cadáveres yacían a orillas del camino, en su mayor parte despedazados por las alimañas. Entre ellos, moribundos, mujeres y hombres reventados de cansancio, hambre o sed, niños que no entendían lo que les estaba pasando y que esperaban la muerte, apoyados contra las piedras o los troncos secos. Aquel empeño por estar sentados era el último esfuerzo por luchar contra la muerte pues, de lo contrario, tendidos al borde del camino, la arena los habría tapado y asfixiado.

El campamento, integrado por varios miles de tiendas, estaba situado en un valle de la ribera derecha del Éufrates. Quienes lo habían instalado así pensaron que, al estar rodeado de colinas, sería más difícil que se expandieran los pertinaces olores de la muerte y los penetrantes de la disentería y el tifus. La distancia entre Meskene y Dipsi era menor que la de Bab a Meskene, por ello el gobernador de Alepo no dispuso en los puntos intermedios establecimientos para los moribundos que bautizaría con el eufemismo de *Hastahane*, es decir, hospital. En cambio, dado el estado de agotamiento en que llegaban los convoyes, tras dos días de recorrer un camino arenoso y luego angostos senderos de montaña, todo el campamento de Dipsi se llamaba *Hastahane*. Y merecía el nombre porque, en los pocos meses en que funcionó como campo de concentración, murieron allí más de treinta mil personas.

El supuesto hospital estaba totalmente desprovisto de medicamentos y no contaba con más asistencia que la de los médicos armenios deportados que habían sobrevivido, quienes no podían hacer otra cosa sino diagnosticar la enfermedad, cuando esta no era evidente, y calcular el número de días que al enfermo le quedaban de vida. El campo de Dipsi fue uno de los peldaños más

profundos en la iniciación a la muerte, no tanto por el gran número de los que entregaron allí su alma, sino, principalmente, por el número mucho mayor de quienes se contagiaron allí y pasarían a mejor vida más lejos, en la ruta de Deir-ez-Zor, donde cayó la séptima vestidura de la muerte.

Corría el mes de marzo. Las lluvias habían cesado. De tanto en tanto, al atardecer o al amanecer, cubría el cielo una cortina de nubes. Parecía haber llegado de forma inopinada la primavera para los deportados que cada vez miraban menos a su alrededor y siempre con temor, atraídos por el trote de los caballos y las escopetas y chillidos de los beduinos. Por eso, miraban sobre todo al suelo. Y así descubrieron la primavera. Hacia Abuhahar, Hamam, Sebka y Deir-ez-Zor, donde los árboles se volvían más y más escasos, la primavera llegaba de improviso, cuando despuntaban brotes de yerba con briznas delgadas y largas. Al principio no supieron cómo comerlas, se hacían sangre en las encías con el canto afilado y se ahogaban con las briznas fibrosas. Luego, los más entendidos y pacientes les enseñaron el arte de comer yerba. Había que apretar las briznas con la palma de la mano hasta formar una pelota y encima se echaba un poco de sal con el fin de humedecerla. No se masticaba de una vez sino que se embadurnaba con la saliva, la que pudiese haber en una boca seca, y se mantenía así varios minutos hasta que la boca hambrienta la transformaba en una especie de pasta, como en el potaje. Cuando las yerbas ya no se encontraban, Ruppen arrancaba las raíces y las lavaba en el agua del Éufrates. Las cortaba a trozos pequeños y, mojadas en el agua, podían comerse al cabo de unas pocas horas.

No llovía pero el cielo no estaba despejado. La vecindad del desierto levantaba una especie de neblina que el polvo removido por el viento mantenía en suspensión. Los perros y los lobos habían disminuido, pero en su lugar aparecieron las hienas. Resultaba más difícil apresarlas, eran más veloces y estaban más acostumbradas a la sequedad del desierto. Y sus carroñas eran imposibles de encontrar, pues las hienas, cuando sentían el final, se perdían en las soledades de donde habían venido. Quedaban los cuervos, pero era difícil acertarles ya que con aquella neblina nacarina no se distinguían a cielo abierto, por donde no pasaban aves y, entre ellas, tampoco los ángeles blancos de los ángeles negros.

Como la yerba menguaba a causa de los miasmas, pero también de los caballos de los soldados turcos que pacían alrededor del campo, Hermine y Rupen, tras una desgarradora deliberación, decidieron que Sahag engrosara las filas de los mensajeros.

Mis abuelos Garabet Vosganian y Setrak Melichian, en sus horas de soledad, no cantaban las canciones de la deportación. Ni los otros viejos armenios de mi infancia. Las poesías que leía siendo niño en nuestras reuniones y las canciones que escuchaba hablaban sobre todo de los guerrilleros que habían luchado en las montañas y no de matanzas y deportaciones. Los convoyes bajaron en silencio los peldaños de la iniciación a la muerte. Quizá porque el sufrimiento interior fuera demasiado fuerte para dejar que algo se filtrase afuera. Quizá porque no creyeran que, después de aquello, siguiera existiendo algo.

Pero, sin filtrarse afuera, los deportados escribían para ellos mismos. Los manuscritos que han quedado del espacio de los siete círculos de la muerte se escribieron en las rutas de la deportación, dondequiera se hallara un trozo de madera, un poste kilométrico, un árbol con la corteza blanda o un muro. Durante mucho tiempo, hasta que las lluvias las desgastaron y los vientos las borraron, permanecieron escritas o grabadas en la madera y en la piedra palabras y letras armenias. Quienes pasaban dejaban aviso a los que venían después. Y estos, si aún había sitio, añadían sus propias palabras. En los campos de deportados circulaban hojas de papel que la gente se pasaba de unos a otros. No estaban firmadas por miedo a las represalias ni llevaban fecha. No era menester. La realidad, con excepción de la nieve que se transformaba en cieno y el lodo que se trocaba en polvareda errante, era inamovible.

Las noticias describían las realidades de cada círculo de la muerte. Los que enviaban tales noticias eran los mensajeros. Los elegían entre los chavales porque eran más ágiles y tenían la posibilidad de infiltrarse sin ser vistos. Y para que pudieran atravesar los caminos con rapidez les daban provisiones para el trayecto. Algunos no volvían, sea porque los incorporaran a los convoyes más avanzados, acortándoles así la ruta hacia la muerte, sea porque

los mataran durante el recorrido. Por eso, los mensajeros eran siempre voluntarios y los elegían entre los huérfanos, ya que pocos padres aceptaban separarse de sus hijos. El que decidía en aquella punta de los convoyes se llamaba Krikor Ankut. El que respondía en la otra, en Deir-ez-Zor, era Levon Şaşian, hasta que lo mataron tras someterlo a inimaginables tormentos.

Krikor Ankut examinó al chiquillo, lo empujó dándole una palmada en el pecho, pero Sahag encontró fuerzas para mantenerse derecho y no cayó. Entonces, el hombre juzgó que el chico era apto. El trayecto hasta Deir-ez-Zor requería unas seis jornadas de marcha, pero los mensajeros caminaban principalmente por la noche y durante el día se refugiaban en las hoquedades de los barrancos, de modo que el viaje de ida y vuelta duraba más de dos semanas. Le dijeron a Sahag el nombre de quien, en el campo de Rakka, le aseguraría las provisiones hasta Deir-ez-Zor. Rupen y Hermine se mantenían apartados y observaban, sin percatarse de si lo que habían consentido redundaría en bien de su hijo o si sería su perdición. Alguien se quedó de guardia fuera de la tienda y otro trajo un recipiente con agua. Hermine le lavó cuidadosamente la espalda a Sahag, acto seguido el muchacho se tendió bocabajo y con los brazos en cruz. Krikor Ankut mojó la pluma en el tintero y escribió despacio en la piel del chiquillo. Le cubrió la espalda hasta la rabadilla de letras mayúsculas, lo bastante estilizadas para simplificar los signos y terminar lo antes posible, así como para arañar lo menos que pudiera al chaval que soportaba sin quejarse las rascaduras de la pluma. El que la piel se tensase sobre los huesos facilitaba la tarea. El chico permaneció un rato inmóvil a fin de que la pintura se secase. Después, mezclaron tierra en la escudilla de agua e hicieron un barro fino con el que le taparon la espalda. Así, untado de lodo, solo estaba un poco más sucio que antes. Le preguntaron si sabía nadar y el chico contestó que había crecido a orillas del Bósforo. A continuación, Krikor le mostró con el dedo en la tierra la ruta hasta Deir-ez-Zor. «Camina por la noche. Ve por la ribera del Éufrates. No te apartes de ella. Si ves que no hay escapatoria, te tiras al agua y aguantas allí todo lo que puedas, hasta que se moje la tinta y el agua la borre. Ellos no deben saber lo que pone ahí. Y lo mismo al volver. Sobre todo al volver».

Hermine recibió, en nombre del muchacho, los víveres para el camino. Se guardó un puñado de granos de trigo y de arroz para su hermana pequeña, luego lo abrazó y él se perdió en la noche. No se despidieron. Con tanta muerte a su alrededor que se aceptaba como una realidad inevitable, hacía mucho que se habían despedido unos de otros.

Sahag hizo exactamente lo que le habían indicado. Racionó la comida, aguantó el hambre unos tres días pero no se detuvo en Rakka, por temor a no poder salir de allí. Cuando llegó a Deir-ez-Zor buscó a Levon Şaşian. Este borró el barro y leyó el mensaje de Krikor Ankut. Volvieron a lavarlo para trazar otras letras y, después le extendieron en la espalda la corteza de lodo mezclado con ceniza. Al regreso, Krikor Ankut le dio antes que nada un cacillo de agua y un puñado de *bulghur*. Mandó a las mujeres que lo limpiaran y, cuando leyó, pidió que lo dejaran solo. Secó con la mano la espalda del chiquillo, lo abrazó y le dijo: «No le digas a nadie lo que viste en Deir-ez-Zor. La mayoría no te creería y entonces no te serviría de nada. Y a los que te creyeran no les serviría de nada. Vuelve con tus padres». Cuando lo vio, Hermine lo cogió en brazos y lloró, no tanto por la alegría de volver a tenerlo junto a ellos, sino de lástima.

A mediados de abril, el campo de Dipsi fue desmantelado y los últimos convoyes se pusieron en camino siguiendo la corriente del Éufrates. El campo fue rodeado de soldados y gendarmes a caballo que embistieron contra las tiendas y golpearon con bastones y látigos, revolvieron los lugares de cobijo y empujaron a los hombres hasta el límite del campo, donde se estaban formando los convoyes. Cuando todos los que podían tenerse en pie y correr al ritmo de los caballos habían salido de las tiendas, obligados a abandonar a los moribundos, se dio la señal de partida. Al cabo de casi una hora de marcha en dirección a las colinas, al volver la cabeza hacia el campo-hospital de Dipsi, vieron levantarse un humo espeso. Habían rociado las tiendas con gasolina y les habían prendido fuego. Por el color del humo y la forma de las volutas comprendieron que junto al tejido de las tiendas ardían también cuerpos humanos, secos o todavía húmedos, y moribundos, todo revuelto.

RAKKA. SEXTO CÍRCULO. La caminata duró más de una semana. Por el día hacía un calor abrasador, pero las noches siguieron siendo extraordinariamente frías. La gente marchaba cada vez más despacio, tambaleándose. Para aquellas hileras de hombres aturdidos, indiferentes a los aguijonazos y trallazos de los vigilantes a caballo, al menos no existía el peligro de ser atacados por las partidas armadas, ya que no quedaba nada que saquear. Solamente en los altos que se hacían en el camino, se acercaban los árabes para comprar muchachas a cambio de sacos de trigo. El convoy seguía la margen derecha del río y, finalmente, llegaron a Sebka, el campo de la orilla opuesta a Rakka, desde donde se veía la ciudad como un reino milagroso y prohibido. El agua del Éufrates conseguía aplacar la sed de los deportados. Pero había cada vez menos oportunidades de encontrar algo de comer. De vez en cuando, los gendarmes repartían, desde el caballo al galope, bolsas con alimentos enviados por los consulados extranjeros o fundaciones cristianas. Arrojadadas en medio de la multitud, la mayor parte de ellas se desperdiciaban. La gente tiraba de las bolsas de azúcar o harina, las desgarraban con las uñas y el contenido se desparramaba entre los dedos. Otras ayudas, como garbanzos o arroz, no podían comerlas por la falta de dientes. Se las tragaban sin masticar, pero el estómago no las podía digerir, sea por haber perdido la costumbre o porque, a causa de la disentería, ya no tenía tiempo de hacerlo. Rupen ya no iba a cazar, cada vez escaseaban más los perros y los lobos merodeaban en manada. No fueron pocos los casos en que se arrojaron sobre los que revolvían las basuras y los devoraron. Él se marchaba junto a otros a recoger muertos. Contribuía a cavar fosas comunes, operación más liviana, puesto que no era necesario ya meter con fuerza la pala en terreno duro o pegajoso, sino que bastaba sacar paletadas de arena, como si mudase las dunas de una parte a otra. Sin embargo, la operación era difícil si consideramos que había que cavar las tumbas a mucha más profundidad, pues de lo contrario el viento levantaría los túmulos que cubrían las supulturas, se los llevaría de un sitio a otro, como si fueran tapaderas, y dejaría a los muertos al descubierto.

A la cabecera de las fosas comunes no rezó nadie. En ellas, enterraron principalmente a muertos nuevos. Desde convoyes conducidos hasta lugares

aislados y fáciles de cercar para poder diezmarlos y desde campos de concentración hasta muerte a tiros, por hambre, inmersión en agua helada o quemando vivos a los moribundos, de todos los medios utilizados para matar a los armenios en los caminos de Anatolia, desde Constantinopla a Deir-ez-Zor y Mosul, se sirvieron más tarde los nazis contra los judíos. Solo que en los campos de concentración nazis los internados llevaban números y esa macabra numeración incrementó el horror de los crímenes cometidos contra el pueblo judío. Los muertos que quedaron como consecuencia de los actos emprendidos para el exterminio del pueblo armenio no fueron más, si es que puede establecerse una comparación de ese tipo entre crímenes de semejante magnitud, pero sí más incontables. Los nombres que conocemos son, principalmente, los de los verdugos, gobernadores, jefes de campo, bajás, beyes, agaes y chaucos. Las víctimas pocas veces portan nombre. Nunca la muerte, que al despojarse, círculo tras círculo, de sus vestiduras, estuvo más cerca de su meollo, nunca la muerte careció tanto de nombres.

Todavía no se han inventado normas referentes a las fosas comunes. De qué manera hay que cavar la fosa, de qué manera hay que depositar los muertos, si debajo los hombres, en el centro las mujeres y arriba los niños, cómo hay que lavarlos, cómo hay que amortajarlos, qué clase de oraciones ha de decir el cura y de qué descanso en el otro mundo ha de hablar, qué clase de cruz hay que colocar, cuántos brazos ha de tener esa cruz y qué inscripciones ha de haber en ella. Nada de esto. Cada fosa común tiene sus leyes y en lo único que se parecen es en la prisa con que se hacen. Lo cual destierra la idea de la existencia de usanzas permanentes, ya que no existe una tradición de la prisa.

Las tumbas reciben un nombre y se adornan para que no caigan por completo en el olvido los que están enterrados en ellas. Las fosas comunes se hicieron para que los muertos arrojados allí fueran olvidados cuanto antes. Las fosas comunes son la parte más culpable de la historia.

Desde este meollo de la muerte sin nombres he dibujado siete círculos, cuyo centro es Deir-ez-Zor. En el espacio que ocupan, cuya circunferencia más amplia pasa por Mamura, Diyarbakir y Mosul, murieron entonces más de un

millón de personas, aproximadamente dos tercios de todos los muertos en el genocidio armenio. Sabemos que estuvieron allí y que de los que entraron en los círculos de la muerte, de los que no resultaron islamizados, vendidos como esclavos o destinados a los harenes, no escapó casi nadie. Cualquiera podía morir en cualquier parte. No existe ninguna familia armenia en este mundo que no cuente con algún desaparecido, como en un remolino, en los círculos de la muerte. Así pues, uno puede rezar al pie de cada fosa común pensando que allí se encuentra algún desaparecido de su familia.

Rupen sabía que estaba haciendo algo bueno. La muerte era un refugio para la humillante situación de los vivos y las fosas comunes eran un refugio para la engorrosa situación de los muertos. Pero había otro motivo por el cual Krikor Ankut y los hombres aún fuertes habían decidido apresurar la recogida de muertos de las tiendas y cavar las fosas comunes. Unos días antes, dentro de una tienda en la que vivía una familia numerosa, habían sacado un muerto sin rostro. Observaron detenidamente el cadáver con las mejillas roídas, como mordidas por ratas. Pero en el campamento no había madrigueras, de modo que tampoco podía haber ratas. Aunque nadie dijo una palabra ni se juramentaron para guardar silencio, todos cayeron en un acuerdo tácito, pues comprendían que nadie podía contar una cosa tan atroz. Cuando las señales de ese tipo se multiplicaron, los hombres decidieron investigar personalmente por la mañana y por la noche para que ningún cadáver permaneciese mucho tiempo dentro de las tiendas.

Desde Alepo se enviaron a Rakka y Sebka guarniciones de refresco. Los soldados y gendarmes se mantenían lejos del campamento. El campo no era difícil de defender. Su margen norte era la orilla del río y el Éufrates era arduo de cruzar aun para un hombre en plenitud de fuerzas. A izquierda y derecha se extendía la llanura, donde era imposible ocultarse, y al sur el desierto. Y, en verdad, a excepción de los pequeños mensajeros, pocos consiguieron fugarse, mezclándose con la multitud abigarrada de las ferias de Rakka y haciendo el camino inverso al de los convoyes, hacia Bab y Mamura, o al norte, a Urfa.

Pero los soldados no vigilaban solo a las personas. También vigilaban a las bestias e incluso las aves. El miedo a las epidemias que azotaban los

convoyes de deportados era grande entre los habitantes de Rakka y las tribus de beduinos. Por ello, el gobernador de Alepo prohibió que se acercaran al campo enterradores que no perteneciesen a los convoyes y los carros enviados allí quedaron a cargo de los deportados. Y al final, si los propios deportados no habían matado a los caballos para comérselos, lo hicieron los soldados por si fueran portadores de alguna de las enfermedades que, después de haber campado a sus anchas sin oposición, se habían vuelto más resistentes y resultaban incurables.

Tal como estaban, mirando hacia las tiendas, sacándoles brillo a las botas, pasándoles la almohaza a los caballos o limpiando las armas, los soldados, con sus flamantes uniformes, daban la impresión de que se preparaban para un desfile. A los deportados no les veían la cara, sea porque estuvieran lejos, porque cuando se acercaban a ellos para tirarles víveres lo hacían a galope tendido o porque eso careciera de la menor importancia.

Por otro lado, el sentimiento era recíproco. Para los deportados, los soldados tenían todos la misma cara y, para los soldados, los internados estaban desprovistos de cara e incluso de cualidades humanas, desde el momento en que les habían ordenado disparar sin piedad contra todo lo que intentara salir del sexto círculo, ya fuera hombre, animal o ave.

Mientras los deportados se sentían cada vez más agotados después de meses y meses de fatiga y hambre, los soldados estaban más descansados, ya que cada vez resultaba más fácil custodiar a los primeros y las pausas eran cada vez más frecuentes. Y lo que hacía más evidente el contraste era que, a medida que los deportados iban más harapientos y desnudos, los soldados renovaban sus uniformes, siempre más vistosos, y sus caballos iban más emperifollados.

Los hombres consiguieron organizarse para recoger a los muertos lo antes posible. En cuanto llegaba un nuevo convoy de Abuhahar y Hammar, se desplegaba inmediatamente la red de recogida de muertos. Trabajaban al ritmo de la muerte. Sin embargo, eso tuvo consecuencias nefastas, ya que la muerte, al verse descubierta, acrecentó su ritmo. Y por otra parte, dio que pensar a los soldados, quienes se percataron de que en el campo de Sebka la gente había

empezado a conculcar las reglas de la muerte y el que tenía el valor de oponerse a la muerte podía oponerse a cualquiera en este mundo. Entonces apresuraron la salida de los convoyes a Deir-ez-Zor, para crear desorden. Mas el campo de Sebka recompuso los equipos de recolectores de muertos; los integraba el miedo, pero no tanto el miedo a la muerte, cuanto el miedo a sí mismos.

Ese poder de organizarse, tan insólito en un campamento de gentes harapientas y casi moribundas, podía tolerarse en Sebka, donde únicamente había unos pocos millares de tiendas, pero habría podido resultar peligroso en Deir-ez-Zor, en el corazón del séptimo círculo, donde los deportados se contaban por decenas de millares.

Por eso, cierta mañana, el comandante ordenó que todos los varones entre quince y sesenta años se concentrasen al borde del campo. Los iban a enviar a trabajar en los terraplenes. Y, naturalmente, recibirían comida y agua potable. Salieron de las tiendas y algunos creyeron que si los mandaban a trabajar era porque tenían necesidad de ellos y, por ende, los perdonarían. Otros salieron indecisos y solo después de que los chauceles amenazaran con entrar a buscarlos a caballo en las tiendas. Y otros más, como Rupen, se incorporaron al grupo indiferentes. Desde que se había vuelto cazador de ángeles, sin que le importara demasiado su color, sino la carne fibrosa de debajo de las alas, Rupen se había vaciado por dentro, vivía tan solo para defender a sus hijos. Precisamente por ello, cuando Sahag se fue tras él, por considerar que a los catorce años podían admitirlo entre las filas de los hombres, Rupen lo detuvo y le dio dos bofetones que dejaron aturdido al chico, pero tuvieron el don de tranquilizarlo.

No obstante, los hubo que se empeñaron en permanecer ocultos. Como el marido de la mujer de la tienda contigua, con quien habían hecho amistad. Juntos constituían una unidad y por eso, cualquiera de ellos, marido y mujer, podían tomar el aspecto del otro. Espigada, la mujer, con sus caderas estrechas y poco pecho, vestida con ropa de hombre, cuando se formaban los convoyes no atraía la atención de los soldados y conseguía ocultarse de los cazadores de mujeres. Y el marido, delgadito y barbilampiño, con el pelo largo

por la vida salvaje, se vistió de mujer y esperó con el alma en vilo el control de las tiendas. Pero no sucedió. Cuando los hombres formaron y los contaron, se consideró que quinientos era una cifra satisfactoria y se dio la orden de marcha.

En cualquier caso, la parte masculina resultaba diezmada en los convoyes. En el trayecto hasta Deir-ez-Zor, los hombres fueron el blanco predilecto de los ataques de las bandas de guerreros. Incluso en ciertos sitios, para que no hubiese lugar a error, se dividían los convoyes desde el principio en hombres y mujeres; aquellos perecían por el camino en emboscadas de los guerreros o los mataban directamente los propios soldados que tenían que custodiarlos. Así pues, la mayor parte de los convoyes estaban compuestos de mujeres, niños y ancianos; estos últimos murieron casi todos porque les era imposible ir al mismo paso que los demás hasta Sebka. Algunos convoyes, sobre todo los que procedían de poniente, hicieron hasta allí más de mil kilómetros.

Los dos bofetones, propinados no con furia sino con desesperación, fueron el último recuerdo que tuvo Sahag de su padre, Ruben Şeitania. Se llevaron a los hombres al sur, al desierto de Siria, y allí los mataron. De nuevo la muerte volvió victoriosa y se extendió, como una seda verde, por encima del campo de concentración.

Cuando el convoy del que formaban parte Hermine y sus dos hijos, así como los dos enamorados, emprendió la marcha, la primavera estaba tocando a su fin. Las aguas del Éufrates se habían calmado y eran más transparentes. Como los valiatos, a lo largo de los dos nacimientos del Éufrates, se habían vaciado ya de armenios, los cadáveres del río disminuyeron y ya no hubo otros que reemplazaran a los que devoraron los peces, se tragaron los remolinos o se quedaron enredados en la orilla. Como toda tumba, el Éufrates se había cerrado y de nuevo le hizo sitio a la vida.

Quizá si el camino de Meskene a Deir-ez-Zor hubiese pasado por otro lugar, los deportados hubiesen muerto mucho antes a causa de la sed, sobre todo cuando empezó el calor tórrido. Sin embargo, el río que durante tanto tiempo estuvo mezclando agua muerta con agua viva ofrecía ya ondas

transparentes. Y así siguió siendo todo el camino hasta Deir-ez-Zor, donde el Éufrates abandonaba los convoyes a su suerte y bajaba a encontrarse con el Tigris.

DEIR-EZ-ZOR. ÚLTIMO CÍRCULO. El convoy estaba formado más bien por bultos. Parecían ligeros a merced del viento, una bandada de aves caedizas y no una hilera de personas. Las fotos hechas por los viajeros extranjeros que consiguieron acercarse al convoy o fotografiar después a los que caían impotentes a la orilla del camino y se quedaban esperando la muerte, nos presentan en la ruta a Deir-ez-Zor sobre todo niños. El recorrido hasta el séptimo círculo fue una especie de cruzada infantil. Pues corrió la misma suerte de todas las cruzadas sin armas. Los niños de aquellas fotografías están esqueléticos, con el cuerpo escuchimizado, el vientre hundido, las costillas salientes como arcos de acero sobre la oquedad de la barriga, las manos y piernas flacas como ramas, la cabeza desproporcionadamente grande, así como las cuencas de los ojos con el globo ocular saliéndose de las órbitas o hundido hasta el fondo de la cabeza. Los niños miran sin más expresión en el rostro que de extravío mental, miran como desde otro mundo, no tienden las manos, no piden nada. En sus ojos no hay odio, habían vivido muy poco para entender y condenar. Tampoco hay súplica, ya que habían olvidado lo que era el hambre; no hay tristeza, ya que no habían vivido las alegrías de la infancia; no hay olvido, ya que no tenían recuerdos. En sus ojos está la nada. La nada, el ventanuco entreabierto al otro mundo.

Si una mujer se derrumbaba significaba condenar a muerte a su hijo. Por regla general, este se quedaba junto a su madre a esperar la muerte juntos. Hermine observó con horror la mancha rosada del tifus en las mejillas de su hija. En poco tiempo, a causa de la canícula, esas manchas se hicieron más grandes. Hermine seguía adelante llorando, pasándole el brazo por el hombro a su hija y estrechándola contra sí. Sahag quiso ayudarla, pero su madre no lo dejó acercarse a fin de protegerlo de la enfermedad. Tampoco ella lo tocó más, simplemente lo observaba cuando dormía, con el corazón en un puño, por si le notaba señales del mal. A veces creía con espanto haberlas descubierto. Otras, respiraba aliviada porque eran tan solo manchas de polvo que, humedecidas por el sudor, adquirirían el color de la sangre seca. Se abstuvo de

abrazarlo durante el sueño, solo acariciaba a su hija sin que le importase el que pudiera enfermarse ella también, incluso lo hacía a propósito ya que la idea de dejarla sola en el otro mundo aterraba a Hermine quien, al no saber cómo curar a su niña, rezaba para que muriesen juntas.

El camino desde Sebka a Deir-ez-Zor fue el más largo y espeluznante de todos. Casi cien kilómetros de marcha. Como la canícula comenzaba a agobiar también a los soldados a caballo, quienes dormitaban en la silla al flanco de los convoyes que se arrastraban con las plantas de los pies quemadas por la arena, tomaron la decisión de caminar por la noche y durante el día se instalaban junto a la orilla del río, de donde llegaba alguna que otra corriente de aire fresco. Los pocos hombres que habían quedado improvisaban tiendas para defenderse del aplastante calor. Algunos se volvían locos mientras dormían: temblaban, se agitaban y había que golpearlos con fuerza para que se despertaran y no se asfixiaran durante el sueño. Otros enloquecían despiertos y se iban a otra parte, pero el camino acababa muy pronto para ellos porque, al haber perdido la costumbre de protegerse, caían abatidos por las balas.

Los convoyes carecían de sombra. Durante el día estaban tendidos en el suelo y no dejaban sombra alguna o, cuando lograba abrirse paso un jirón de sombra, se envolvían en ella como en una sábana. Las sombras se pegaban como el sudor al cuerpo. Por la noche, caminaban tambaleándose, tropezaban con las piedras o se caían en los hoyos al borde del camino y se convertían en sus propias sombras. Los convoyes estaban tan debilitados que ya no tenían fuerzas para dejar sombra y la arrastraban consigo como una red. Los convoyes sin sombra necesitaron casi dos semanas para llegar desde Sebka a Deir-ez-Zor.

El campo se hallaba en la orilla derecha del Éufrates. En esta ocasión, las tiendas se contaban por decenas de millares. Deir-ez-Zor era el último centro, hacia levante, donde todavía se organizaban semejantes campos de internamiento. Desde Deir-ez-Zor ya no había tránsito a este mundo.

Por eso, a los deportados no se les dio ya nada de comer. Como la vegetación era escasa y los hombres que habrían podido matar a los animales del desierto atraídos por los cadáveres habían disminuido, el hambre se hizo

insoportable. Los cuerpos estaban tan debilitados que las enfermedades se propagaban con mayor lentitud, pues el organismo carecía del suficiente vigor para portarlas. Los enfermos de tifus ya no tenían fiebre porque no generaban anticuerpos. Ante el hambre, las otras enfermedades se retiraron y la dejaron que mordiese el vientre, que estirase la piel de los huesos y secara las entrañas.

Los incidentes eran cada vez menores. Después de que la dirección del campo descubriese el grupo de Levon Şaşian que había organizado no solamente los periódicos vivos que los huérfanos llevaban a la espalda de un campo a otro, sino también un sistema de aprovisionamiento de medicamentos y víveres, en la medida de lo posible, y, valiéndose del mismo procedimiento empleado en el campo de Sebka, equipos que sepultasen los cadáveres al ritmo de la muerte, después de que todo eso fuera descubierto, sacaron a Levon Şaşian del campamento y el propio Zeki Bajá, el comandante, lo mató de forma despiadada. Cualquier tipo de organización interna en el campo quedó suprimido y, de esta manera, en opinión de los soldados, el peligro de revuelta desapareció y el campo cayó en un letargo. El miedo del ejército al motín tal vez pareciese injustificado desde el momento en que los soldados estaban bien equipados, descansados hasta el aburrimiento y armados hasta los dientes, mientras los deportados estaban cada vez más esqueléticos, andrajosos y se tambaleaban por la borrachera de la muerte. Solo que los soldados tenían miedo de verdad, al igual que las autoridades de Alepo y Deir-ez-Zor. Los soldados habían aprendido a luchar contra otros soldados y sus armas habían sido fabricadas para que resultaran amenazadoras a enemigos que temían a la muerte. Todavía no se habían inventado armas que asustasen a quienes ya no temían nada. Agotados y machacados por el hambre, los deportados no eran conscientes de que su resignación a morir constituía una fuerza temible. Aunque la pujanza de la falta de miedo a la muerte se incrementaba en cada círculo nuevo, el camino por los siete círculos de la muerte no fue de motines. El camino de los convoyes significó más bien una espera de la muerte. Esta, vagando por el campo, se había convertido en uno de ellos, fue una de las víctimas de los círculos de Deir-ez-Zor.

Y afuera solo dejaba escapar un murmullo sordo. Un viajero alemán, que logró contemplar de cerca a los deportados de Deir-ez-Zor, se quedó profundamente impresionado no tanto por las cosas evidentes que las fotos le mostraron en todo su horror, sino por un detalle: que en aquel lugar atroz no vio gente llorando. O, mejor dicho, no vio lo que solemos entender por una persona que llora, o sea, no vio lágrimas.

Pero no es cierto que la gente no llorase. Solo que lloraban de otra manera. Los que aún tenían fuerzas para estar sentados se mecían, los demás lloraban con los ojos muy abiertos al cielo. Pero el llanto era una especie de gemido continuo, en voz baja, que repetido por miles de pechos se oía como un acompañamiento. El llanto no era un reguero que corría por la mejilla sino un sonido. Como ese acompañamiento fluía sin fin y sintonizaba con el mundo circundante acabó sonando como el quejido del viento entre las dunas o la corriente del río Éufrates, el llanto no cesó hasta que los últimos convoyes fueron conducidos desde Deir-ez-Zor hasta las mesetas donde mataban a los deportados. Aquel llanto seco hacía las veces de oración y de maldición y de silencio y de testimonio y, en algunos casos, incluso de sueño. Muchos dormían llorando de esta manera, otros morían llorando y el llanto seguía vibrando en el pecho inmóvil como el tubo de un órgano. Oí ese llanto cuando el abuelo Setrak se balanceaba en la tumbona del jardín y murmuraba o cuando el abuelo Garabet se encerraba en su cuarto y dejaba de tocar el violín.

Al principio, aquel llanto en forma de gemido irritaba a los soldados, sobre todo porque, repetido por las aguas y el viento, parecía venir de todas partes. Luego se acostumbraron; el acompañamiento resultó ser más seguro que cualquier centinela, mientras fluyera igual significaba que no pasaba nada anormal. Habría cesado si la gente hubiese encontrado otro quehacer que no fuera morir o llorar a la muerte. Decían los soldados que cesaría si los deportados se amotinasen o si murieran todos. Los deportados, salvo los casos de locura, que acababan la mayor parte de las veces con un balazo en el pecho, no se amotinaron. Morir no murieron tan rápido porque, por lo visto, al vivir tanto tiempo entre los deportados, la muerte había llegado a amarlos. Aunque los campos de concentración fueron suprimidos unos meses después y a los

deportados, en ese intervalo, los mataron a casi todos, el acompañamiento no cesó en Deir-ez-Zor.

Pero entonces, con el oído atento a ese rumor que trazaba un cauce más ancho que el del Éufrates, los soldados turcos se desentendían de vigilar el campo de Deir-ez-Zor. La parte sur y de levante no era menester custodiarla, porque lindaban con el desierto. Quien hubiese querido fugarse en aquella dirección no tenía ninguna probabilidad de sobrevivir. Tampoco el Éufrates, que bordeaba el campo, ofrecía ninguna esperanza.

Deir-ez-Zor fue durante un tiempo el destino de todos los convoyes, sin que las autoridades tomaran una determinación sobre lo que había que hacer a continuación. Quizá confiasen en que los convoyes desaparecerían poco a poco en aquellos caminos, de suerte que Deir-ez-Zor se convirtiera en una especie de lazareto donde los que llegaran exhalaran con rapidez su último suspiro, una especie de *hastahane*, como Trefridje y Lale. A pesar de las ocasiones de morir que a manos llenas se les ofrecieron a los deportados, varios centenares de miles se obstinaron en vivir. O más bien se olvidaron de morir, sencillamente. Había en el campo una aglomeración cada vez mayor y más difícil de controlar, no tanto por la gente sino por las cosas que se abatían sobre ella y por sus causas, a saber, las enfermedades y los miasmas. Como las autoridades de la capital del Imperio deseaban una solución pronta y definitiva del problema armenio, Deir-ez-Zor se convirtió, de lugar de destino, en estación de tránsito. Pero ya no había tránsito entre dos campos de internamiento, sino tránsito entre dos mundos.

De todos los padecimientos, el hambre resultó ser más fuerte que las enfermedades o los dolores. Carente de toda fuente de abastecimiento, abandonado a merced de los alimentos que pudieran caer por casualidad, desde yerbas, frutas ácidas y miel silvestre hasta cadáveres de animales, el campo de internamiento de Deir-ez-Zor entró en un estado pavoroso. Los cuerpos esqueléticos iban hasta el Éufrates a beber agua con una marcha vacilante, luego se sentaban frente al sol abrasador, se balanceaban y gemían, como si se alimentaran de la luz, al igual que las plantas. Algunos perdían la razón de ser del resto de las cosas o de los sentimientos, salvo del hambre y

se metían en la boca todo cuanto les caía en la mano, roían la corteza de los árboles, trapos impregnados del sabor salado del sudor o excrementos que, a causa del hambre, eran duros y menudos, como los de las cabras. Tras el asesinato de Levon Şaşian y de los que trabajaban haciendo fosas comunes para proteger a los muertos, los cadáveres volvieron a permanecer mucho tiempo en el interior de las tiendas. Aparecieron de nuevo muertos sin rostro, sin una mano o sin un pie. Quienes, una vez cada varios días, recorrían las tiendas para sacar los cuerpos despedazados o descompuestos ya no se horrorizaban. Es más, los hubo que hasta lo hacían a propósito; de cazadores de cuervos o hienas se convirtieron en cazadores de muertos. Por eso, los que estaban dentro de las tiendas los examinaban con sumo cuidado y no les confiaban su muerto a cualquiera.

Con todo y con eso, la operación no resultaba lo que se dice fácil. Cada vez era más difícil distinguir a los muertos de los vivos. Estos yacían horas y horas inmóviles y no era raro que se durmieran con los ojos abiertos, ciegos a causa del calor que les quemaba el blanco del ojo. Y los muertos algunas veces temblaban por las enormes diferencias de temperatura entre la noche y el día, cuando las articulaciones se ablandaban al sol o, por el contrario, cuando se agarrotaban por el frío gélido de la noche. De modo que los recogían al azar y algunos regresaban del borde de la fosa, súbitamente despertados por las exclamaciones de fuerza de quienes iban a arrojarlos con los demás.

Cuando se dio la señal, los convoyes volvieron a formarse. Parte de ellos se dirigió a levante, a Marat y Suvar. Otros fueron en dirección a poniente tomando el camino de Damasco. En ambas direcciones, el desenlace era el mismo. Una vez llegados a una meseta que la vanguardia consideraba conveniente, los soldados se alejaban, luego rodeaban el convoy y disparaban por todas partes. Cuando ya nadie quedaba en pie, calaban la bayoneta en los fusiles, desenvainaban las cimitarras y pasaban sobre los cuerpos para rematar con el hierro lo que las balas no habían acertado a realizar por completo. Los convoyes contaban entre trescientas y quinientas almas. Su suerte era siempre la misma, la única diferencia era que algunas veces los soldados dejaban la

tarea en manos de los beduinos y se contentaban solo con supervisarla al final, para asegurarse de si se había hecho bien la faena.

Hermine, con la niña en los brazos, esperaba la muerte. La niña tenía cada vez más sacudidas de fiebre, por las noches Hermine se tendía sobre ella para tratar de darle calor. Sahag consiguió llevar un puñado de dátiles verdes y en cierta ocasión hasta una granada que se le había caído de la silla a un soldado. Se comieron uno por uno los granos agridulces tras mantenerlos un rato debajo de la lengua. En la otra tienda, los dos enamorados sufrían el hambre sin poder buscar alimentos, ya que la mujer no dejaba en ningún momento a su hombre abandonar el refugio, por miedo a que lo vieran los soldados y lo mataran. Parecían alimentarse el uno del otro y resistir por estar abrazados. Hasta que una noche, cuando llegaron los fríos, se soltaron y se levantaron. Se quitaron la ropa y la mujer se la tendió a Hermine. «Pónsela a la niña, que está temblando de frío», le dijo. Estaban completamente desnudos. Hermine los miró con indecible asombro, no a causa de la desnudez que, como cualquier otra cosa que pudiese sucederle al cuerpo, no era insólita en el campo. Eran increíblemente hermosos. Tenían una extraña luz en la mirada, el pelo se les había vuelto liso y les brillaba alrededor de la frente, la carne era de una blancura desgarradora, las caderas se les habían arqueado y el pecho redondeado, mientras los músculos se les habían enroscado y atirantado en torno a los huesos. En la espalda les brillaban gotas de luz y a su alrededor no se hizo sombra. «Hemos venido a despedirnos», dijo él, pero dio la impresión de que los labios no se movieron. Acto seguido, tomó de la mano a la mujer y se alejaron. Ellos permanecieron largo rato con la mirada clavada en sus siluetas, quizá a causa del perfil luminoso que habían cobrado aquellos dos cuerpos. Eran tan luminosos e indiferentes que parecían flotar sobre las arenas; Hermine y Sahag esperaron con el oído tenso el fragor de las descargas. Pero no sucedió nada, ni siquiera después de hacerse de noche cuando la oscuridad envolvió el barro y la cera de sus cuerpos. Solamente quedó un olor impreciso, como a humo, a tizones de mirra y ámbar gris. «Han escapado», susurró Hermine. «Voy a decirles que vuelvan», afirmó Sahag. «Nadie ha vuelto vivo de las arenas». Hermine le hizo señas de que se sentara y se fue junto a él. «Déjalos... Son guapos e inocentes. Siempre pienso que

Rupen tiene razón». Ella hablaba de su marido en presente de indicativo, como si fuera alguien que se ha marchado lejos y va a volver, aunque por entonces a Rupen ya lo habían matado con todo el convoy compuesto por los varones de Sebka. «Rupen tiene razón. Dios ha muerto. Déjalos que sigan adelante. Aquí, donde los has visto por última vez, en el confín del campo de Deir-ez-Zor, está el lindero del Jardín del Edén. Está la puerta del paraíso, a solo dos pasos. Hemos vuelto al lugar del que partimos al comienzo de todo. Pero entre tanto, el mundo se ha pervertido por completo. Quizá ellos alcancen el mundo desde el principio y creen otro Dios».

Sahag miró en la oscuridad donde los cuerpos juntos del hombre y la mujer centellearon una vez más ante sus ojos y luego se apagaron. De pronto, un soplo fresco y susurrante de aire recorrió la frente del muchacho. Como si en el camino de los otros dos, las arenas se hubiesen apartado y hubiesen brotado del suelo todo tipo de árboles frutales placenteros a la vista. Dos brazos de un río mucho más grande se unían frente a ellos: eran el Tigris y el Éufrates. Y el hombre, marchando por el jardín regado por aquellas aguas, dejó tras de sí a su pueblo, a su padre y a su madre, se pegó a su mujer y se hicieron un solo cuerpo.

Pero allí, conforme los convoyes compuestos cada uno por centenares de personas eran conducidos a las mesetas transformadas en lugares de ejecución, en dirección a Suvar o por el camino de Damasco, más convoyes llegaban desde poniente y bajaban al último círculo de la muerte. En aquel julio de 1916, unas muchedumbres se separaban, otras se juntaban y, pese a aquel ajeteo, el campo de internamiento de Deir-ez-Zor seguía siendo el mismo, como si estuviese inmóvil. Las zonas de alrededor se llenaron de osamentas. La última frontera se había cruzado. Los vivos se ofrecían a los muertos y hacían del enterramiento su única ocupación. Los muertos se ofrecían a los vivos dándoles calor, como si fueran ropas, en las noches heladas y sirviendo de comunión a quienes el hambre había hecho perder la razón.

Hermine miraba con los ojos extraviados a su niña. El horno del verano, que chupaba las gotitas de sudor que todavía mantenían unidas las sales del cuerpo, empezó a matar a la gente por deshidratación. Los vivos y los muertos,

que se asemejaban por la inmovilidad y por los temblores que les acometían de tanto en tanto, ahora se parecían también por el color oscuro y acartonado de las mejillas.

Al ritmo en que se sucedían las ejecuciones, el campo de concentración se desmantelaría en otoño de aquel mismo año. Aun sin ejecuciones, en las condiciones del internamiento de Deir-ez-Zor, nadie habría podido sobrevivir hasta el invierno. Aquel verano murieron principalmente niños. Muchos se quedaban entre las tiendas, sin enterrar, como carcasas vacías, encogidas y negruzcas. Hermine aguardaba con impaciencia a que los incluyeran en un convoy, esperando no sabía qué, pero deseando con toda su alma marcharse de aquel lugar. Con los ojos abiertos, inmóviles, la niña murmuraba de cuando en cuando: «¡Tengo hambre!». Cuando el gemido se volvió continuo, plañidero cuando espiraba y silbante cuando aspiraba el aire en el pecho, Hermine se marchó por las tiendas. Volvió al cabo de una hora con las manos vacías. «No te han dado nada, ¿verdad?», preguntó con voz apagada la niña. Ella movió la cabeza mirando al vacío. «Tampoco tú les des nada mío más tarde...», sonrió tristemente la niña. Hermine se llevó la mano a la boca, tan azorada, que olvidó apartar al chico cuando este se acercó a acariciarla. Lo miró de una forma inusual y lo cogió de la muñeca. «¡Vente!», le ordenó con una voz nueva. Lo sacó fuera de la tienda, hacia el borde del campo, río arriba, adonde los árabes llevaban a abreviar sus animales. Se quedó en pie, junto a su hijo, a la orilla del agua, rezando para que sucediese lo antes posible.

El árabe que se acercó los miró sin ternura, pero con curiosidad, en especial al chico. Como Hermine y el chico hablaban en turco, habría podido entender algunas palabras comunes que Mahoma había dejado en la propagación de su fe. Pero ya no era menester, pues sabían perfectamente de qué se trataba. Esa circunstancia se había repetido miles de veces durante el itinerario de los convoyes o en el confín de los campos de internamiento. Y para que las cosas estuvieran claras, Hermine soltó de la mano a Sahag y lo empujó un paso adelante, mientras ella se quedaba sujetándolo por el hombro por si acaso el muchacho salía corriendo. Pese a su debilidad, Sahag no parecía estar enfermo y el árabe, a modo de asentimiento, sacó un saquito de harina y se lo tendió a la mujer. Ella lo cogió con las dos manos y entonces,

sintiéndose libre de la sujeción, Sahag quiso echar a correr. Pero el árabe lo agarró por la cintura y la nuca y lo arrojó al caballo, como un fardo. Saltó detrás de él y, dando un grito, se alejó al galope. Hermine se quedó durante mucho rato clavada en el sitio. Metió la mano en el saquito y sacó un puñado de polvo con el que se llenó la boca y ahogó los gritos.

Durante un tiempo, el chico estuvo postrado en una tienda similar, mucho más grande, adornada de alfombras y con inscripciones ininteligibles en las paredes, donde vivían unas gentes que hablaban un idioma áspero y chillón, que lo miraban con indiferencia pero que le traían de comer, le secaban el sudor de la frente y le cambiaban las sábanas. Cuando estuvo restablecido para viajar, lo subieron al caballo y se adentraron por regiones áridas donde los únicos quehaceres, cuando no acechaban las caravanas, era durante la noche vigilar las hogueras donde chisporroteaba la grasa de camello y por el día husmear el agua. Los únicos recuerdos precisos de Sahag sobre aquellos días eran las oraciones tristes de los hombres y la vestidura blanca que le dieron, en la que el agudo dolor del miembro desgarrado desparramó regueros de sangre, sin comprender por qué ese dolor nuevo y varonil suscitaba sonrisas y contento en el rostro de los demás. Junto a la vestidura blanca y ensangrentada, recibió un nuevo nombre, Yusuf, sin que le hubieran preguntado por su antiguo nombre. Pero eso redundó en beneficio suyo porque cuando, más tarde, lo buscaron, subiendo hasta Urfa y Diyarbakir, no lo encontraron, al no saber por quién preguntar.

Yusuf se convirtió en un mozo capaz. Aprendió a llevar los camellos por el cabestro y a vigilarlos en el abrevadero. También a montar a caballo, se acostumbró a la comida seca y a tener paciencia ante las inmensidades arenosas. Recibió ropas de hombre, tenía su caballo, la única criatura con la que podía hablar en armenio, y se acurrucaba con los demás, a la salida y la puesta del sol, hacia el sur, farfullando algo que sonaba a oración. Habría podido ser un buen jinete del desierto, con su cuerpo ya templado en los círculos de la muerte, con sus largas pestañas que le protegían los ojos de la arena, con el rostro atezado, preparado para hacer frente a las inclemencias del viento, y el pelo negro y crespo, buena defensa contra la canícula. El hecho de no saber árabe fue bueno para él. Nadie lo asedió a preguntas y no tuvo

que contar nada de sí mismo. No tuvo que rezarle a un profeta que se había presentado delante de él derramando su sangre y se guardó para sí al otro que se había presentado ante él sangrando.

Habría podido ser un buen jinete de aquellas inmensidades y algún día habría podido llegar a ser el jefe de su tribu. Habría bajado en invierno a las orillas del Mar Rojo, hasta cerca de Medina y, al menos una vez en su vida, hasta La Meca; luego habría subido, a través de Jerusalén y Damasco, hasta los lugares que conocía tan bien e incluso más arriba, a las montañas, a Ras-ul-Ain y Mosul. Pero Yusuf fue un solitario y los otros, contentos porque era espabilado, lo dejaron en paz y no estorbaron las ininteligibles conversaciones que sostenía con su caballo.

Yusuf vivía con desconcierto aquella vida. Pero la luz se le hizo de repente, como suele suceder cuando las preguntas no son concretas. Habían llegado a Mosul. Había sido un buen día. Habían vendido queso de cabra y pieles de camello. En la tienda hacía calor y se estaba tranquilo, olía a carne asada pero, antes de sentarse en los cojines en torno a la lumbre, contaron las monedas de oro que llevaban en saquitos atados. Luego, las mujeres admiraron los regalos: ámbar, telas y alhajas. Y la más bonita de todas las alhajas la llevaba el amo de la tienda apretada en la mano. Con un ademán de brujo, abrió los dedos y se la regaló a la más joven de sus mujeres. Ella se la puso al cuello y se contorsionó contenta danzando alrededor del fuego, al son penetrante de los *zurnales* y al ritmo de los tambores de campanillas. El fuego lanzaba destellos y crepitaba por las gotas de grasa, los rostros resplandecían y se alargaban al mismo tiempo que las llamas, el ritmo de los tambores se unió al toque de palmas y la mujer giraba movida por su juventud y la alegría de la alhaja. La cual vio el muchacho cuando aquella llegó, meciendo las caderas y meneando todos los pechos desde la raíz, justo frente a él. El talismán prendido en la cadenita de oro y que llevaba a la vista y con orgullo. El chico lo recordó junto al gesto tímido de su madre que lo había escondido debajo de la ropa. Nadie lo observó cuando se deslizó fuera de la tienda. Lo único que pudo hacer, con la mente trastornada, fue correr como un loco. Huía sin saber ni siquiera él mismo de quién, huyó hasta que se le cortó el aliento y cayó de rodillas. Y como necesitaba salir de su cuerpo, arrancarse de sí

mismo, empezó a gritar. Se sentó en la arena, se balanceó y gritó con todas sus fuerzas. Cuando el grito se apagó para dar paso al gemido de Deir-ez-Zor, al llanto seco, Yusuf murió. Había sido un ser infeliz, extraño y taciturno que vagaba por lugares que no conocía y entre dioses en los que no creía. Nacido de una sangría y muerto de un grito. No como sucede cuando un cuerpo mata a otro cuerpo, o sea, atravesándolo de afuera adentro, Yusuf murió atravesado desde dentro afuera, incluso por el cuerpo sobre el que él se había superpuesto, como una túnica blanca y ensangrentada.

Despojado de su nueva indumentaria, con Yusuf caído a sus pies, como un atavío inútil, Sahag volvió a las tiendas. Pero como ahora ya no era hijo de la tribu, fue a hurtadillas, ocultándose en la oscuridad, evitando las hogueras y las tiendas abiertas. Fue al lugar donde se guardaban los animales y sacó despacio el caballo cogido del ronزال. Su marcha por la arena fue silenciosa, el caballo lo siguió sin notar ningún cambio, lo escuchaba y husmeaba, porque para él Yusuf no había existido nunca. Luego, se oyó el galope pero ya caballo y jinete estaban lejos.

Tomó el camino de poniente, haciendo la ruta inversa de los convoyes pero, lamentablemente, el regreso por los círculos de la muerte, de la Pascua de los muertos a la Pascua de resurrección, no significa también un regreso en el tiempo. Al contrario, subiendo los escalones, uno a uno, desde las profundidades adonde había caído como a un pozo, no encontró más que las huellas de los convoyes, a supervivientes que mendigaban a orillas de los caminos, nombres nuevos y terribles de los precipicios donde se convertían en detritos osamentas y a niños de su pueblo, vestidos con calzones bombachos y con Yusuf creciendo en su pecho como si fueran nidos. Muchas veces pensó en volverse a la tienda para matar al árabe aquel ante los ojos de sus mujeres e hijos y arrebatarse el talismán de su madre. Pero luego pensó que el árabe no tenía ninguna culpa, el que le había arrancado la cadenita a su madre del cuello estaba en otra parte y habría tenido que emprender una guerra demasiado grande para encontrarlo o para matar a todos los que se le parecieran para estar seguro de que el asesino de su madre había recibido su castigo. Al fin y al cabo, el árabe había resultado ser para él un bienhechor y no tenía culpa de que los tiempos hubiesen abaratado tanto al ser humano como

para que el beduino hubiese valorado la vida del muchacho en un saquito de harina.

En Ras-ul-Ain, Sahag volvió a encontrar la vía férrea que había dejado atrás después de bajar del vagón de ganado, con la cara hinchada y roja por la falta de aire y agua, dos años antes, en Mamura. Vendió el caballo y se fue, acurrucado en un rincón de un vagón, durante un día y una noche, hasta Izmid. Al regresar, no encontró ninguna señal que le indicase la ruta. Durante un tiempo su camino fue el de los trenes y buques que lo llevaron a poniente, hasta Bazargic y después a Silistra.

Mientras estuvo huyendo, los recuerdos lo dejaron en paz. Cuando finalmente se estableció en Silistra, entró de aprendiz en un comercio y luego abrió su propia tienda. Más tarde, decidió buscar esposa y antes de encontrarla trasnochaba con las chicas que esperaban a los marineros en el puerto. Entonces, el velo de beduino que antaño había arrojado a sus pies como un echarpe cobró vida, silbó como una serpiente y salió pisándole los talones a Sahag. Y así, una noche, a la luz del quinqué, se encontró con el rostro de Yusuf reflejado en la ventana. Lo miró con horror cómo danzaba al son de tambores y *zurnales*, cómo desgarraba las vestiduras blancas de hombre del desierto, cómo se asía el miembro con la mano y se lo frotaba dando brincos con mirada fiera y cómo soltaba, jadeante, entre los dedos, no esperma sino sangre. De la única forma que Sahag pudo ahuyentar aquella visión que lo rociaba con su esperma repulsivo y fecundante fue agarrando una herramienta y golpeando con ella la ventana. Yusuf soltó una carcajada, su rostro se rompió y se multiplicó en otros mil rostros que se diseminaron por la habitación. Cuando salió de su aturdimiento se miró tal cual estaba, con el semblante fiero, la ropa en desorden y con el miembro todavía erecto y lisiado en la mano. Comprendió que Yusuf había penetrado dentro de él y no era rompiendo las ventanas y cubriendo los espejos como podría luchar contra aquel rostro translúcido.

Sahag y Yusuf se odiaban, pero sabían que estaban condenados a vivir juntos. Yusuf padeció multiplicados por diez los suplicios a los que había sido sometido Sahag y se vio forzado a soportar las preces a otro salvador y los

rituales propios de esa fe. Pero él se vengó en aquel pueblo que le era ajeno de la única forma que estaba a su alcance, es decir, a través del miembro que llevaba la señal de su nacimiento, envenenándole el esperma. Ligado a aquel esperma, que se quedó estéril para siempre, que escaseaba y mermaba con el paso de los años, Yusuf también mermaba. En mi infancia, Sahag Şeitanián era un hombre viejo. Por eso no conocí a Yusuf.

Partido en dos, acostumbrado a que cada una de sus mitades vigilase y odiase a la otra, a esperar que la otra durmiese para poder golpearla, pero como fatalmente dormían juntas y se separaban de verdad solo en los sueños, porque las dos mitades no podían soñar al mismo tiempo, Sahag, según la otra mitad menguaba junto a su resignación y la de su mujer, Armenuhi, por no poder tener hijos, como tenía la costumbre de odiar y no podía albergar todo su odio en los recovecos de su alma partida en dos, empezó a odiar a los demás. Primero a quienes se asemejaban a Yusuf. Mas como de esos había muy pocos en su entorno y el odio no consumido crujía como los colmillos de las fieras que tienen que descuartizar, porque de lo contrario les crecen hasta llegar a atravesarles la propia cabeza, Sahag volcó su odio sobre los bolcheviques. La inesperada ocasión se presentó después de la guerra cuando, a diferencia del periodo en que el único comunista de Focşani era un verdulero borracho cuya única actividad política era insultar a grito pelado, con lengua estropajosa, el día 10 de mayo a la dinastía y al rey, hasta que las autoridades le dieron un escarmiento y lo detuvieron una madrugada, cuando aún estaba durmiendo la mona de la noche anterior, la ciudad se llenó de comunistas. Sahag solía llamarlos comerciantes aprovechados y comunistas bandoleros. Los comunistas recompensaron con su habitual generosidad el afecto que les mostraba, o sea, saqueándole la tienda y, luego, cuando ya no quedó nada que saquear, confiscándosela por completo. Sahag les decía con regocijo a grito pelado: «¡Arramblad!», mientras hacía aspavientos con los brazos y daba brincos a la pata coja. «¡Saquead!», y les arrojaba cajas de cacao Van Houten. «¡Que se os ha olvidado esta!». O las bolsas de granos de café que se esparcían por la acera como cucarachas.

Él tuvo la idea de instalar el aparato de radio Telefunken en el panteón de Seferian y se iba él solo por las noches a oír Radio Europa Libre en el

cementerio. En el verano de 1958, contempló con mirada ávida cómo se perdían por la carretera de Tecuci los batallones del Ejército Rojo y más tarde se pasó sentado, sin moverse, horas y horas siguiendo por el televisor, del tamaño de un plato de doña Maria, enfrente de nuestra casa, la retransmisión en directo del entierro de Gheorghe Gheorghiu-Dej, sin perderse un detalle, comiendo pipas, bebiendo cerveza, en plan de mirón, como en una partida de cartas. «Los rusos le han dado radiaciones», decía sin ningún matiz de reproche en esta ocasión. «¡Le han provocado la ictericia!».

Y también Sahag Şeitanian fue el primero que se dejó tentar por la fascinación de los mapas. Arrancados de los lugares de su niñez, los viejos armenios huyeron, emigraron, atravesaron desiertos, continentes, mares y océanos, pero no viajaron de verdad. Ir por el mundo fue una parte de sus tristezas y no de su curiosidad ni de sus alegrías. Por eso, ellos viajaron por la superficie de los mapas, como los escorpiones de libros.

Las páginas cartografiadas eran como un corte en el mundo real, abrían una nueva dimensión. En aquellos mapas, las guerras acababan siempre de forma distinta a la realidad, los guerrilleros de las montañas aniquilaban a los ejércitos, los prisioneros conseguían escapar de los campos de deportación y los combatientes rompían los cercos. Los norteamericanos desembarcaban en los Balcanes, los paracaidistas ingleses cubrían el cielo y los rusos se retiraban a las profundidades de Siberia. Y, naturalmente, Armenia se extendía desde el Cáucaso hasta Tiro y Sidón, desde Anatolia hasta el lago Urmia, como en los tiempos de Tigran el Grande, en el último siglo antes de la era cristiana. El mundo era una superposición de mapas llenos de flechas que significaban desembarcos, liberaciones, derrotas, devoluciones, entusiasmo y triunfo. De todos los mapas, el menos importante y, por ello, el que menos se tenía en cuenta era el de más abajo, el que se extendía directamente sobre la yerba, es decir, el de la realidad misma.

En sus mapas, precisamente por esa razón, funcionaban otros tratados y las guerras habían concluido de otra forma. El tratado de Sèvres estaba en vigor. La Conferencia de Yalta no había tenido lugar y el lápiz de mina roma elegido ex profeso por Stalin no había dividido Europa. Sahag Şeitanian y los

demás armenios de mi niñez tenían más bien los pies en los mapas que en la tierra. Algunas veces estaban tan indiferentes, con la mirada en la lejanía, que se diría se envolvían con los mapas y desaparecían de este mundo.

En *El libro de los susurros* cada aroma, cada color, cada destello de locura tienen su mago. El guía de las distintas regiones, el mago de los mapas, fue Micael Noradunghian. Los otros lo rodeaban y miraban con los ojos muy abiertos cómo se desplegaban los continentes bajo sus manos. Mi abuelo se sentaba pensativo y en silencio, nada como los mapas para demostrar que más allá del desbarajuste de los tiempos, no obstante, las cosas tenían un sentido concreto. Anton Merzian olvidaba preguntar y, ante los mapas, donde había sitio para todos, no se peleaba con Krikor Minasian. Ștefănuță Ibrăileanu, Măgârdici Ceslov, Agop Aslanian, Vrej Papazian, Ovanez Krikorian y todos los otros se acercaban con timidez y se dejaban guiar hacia aquel nuevo Belén, donde la salvación se presentaba en forma de mapa. Sahag Șeitanián miraba anonadado por aquella maravilla. Eran los únicos momentos en que, con las entrañas desentumecidas, se reconciliaba con Yusuf.